
S.I.P.
SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE
EL
CONTINENTE
MALDITO
ALAN
STAR

EL CONTINENTE MALDITO

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police) N.º 19

El hombre uniformado, se acercó al rincón de la sala donde Donald Callowan, el jefe de la SIP, siglas de la famosa Spacial International Police, llevaba pacientemente más de una hora, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

—Señor Callowan…

Donald levantó la cabeza y una sonrisa entreabrió sus labios.

—¿Ha llegado mi turno?

—Sí, señor. Pero debe perdonar. Ya sabe lo pesados que son estos debates del Consejo Mundial. El señor Barton estará seguramente desolado de haberle hecho esperar tanto tiempo.

—Vamos.

Siguió al uniformado personaje, atravesando la amplia sala y penetrando por una puertecilla que daba a un pasillo, a cuyo fondo se hallaba la entrada del despacho particular de William Barton.

Título Original: *El Continente Maldito*

UUID: a7cc6549-9c96-479b-b127-bdb3e3e4c97b
Generado con: QualityEbook v0.84

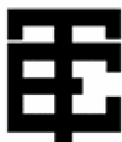
EL CONTINENTE MALDITO



EL CONTINENTE MALDITO

por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51 – 53

B A R C E L O N A

Depósito legal: B. 5187 – 1960
Número de Registro: 1431 – 1960

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 – 53— Barcelona

EL CONTINENTE MALDITO



CAPÍTULO PRIMERO



L hombre uniformado, se acercó al rincón de la sala donde Donald Callowan, el jefe de la SIP, siglas de la famosa Spacial International Police, llevaba pacientemente más de una hora, fumando cigarrillo tras cigarrillo,

—Señor Callowan…

Donald levantó la cabeza y una sonrisa entreabrió sus labios.

—¿Ha llegado mi turno?

—Sí, señor. Pero debe perdonar. Ya sabe lo pesados que son estos debates del Consejo Mundial. El señor Barton estará seguramente desolado de haberle hecho esperar tanto tiempo.

—Vamos.

Siguió al uniformado personaje, atravesando la amplia sala y penetrando por una puertecilla que daba a un pasillo, a cuyo fondo se hallaba la entrada del despacho particular de William Barton.

El hombre, que estaba de pie, se apresuró a salir al encuentro de Callowan, al que estrechó efusivamente la mano.

—¡Pase, por favor!

Hizo un gesto al otro que, con una inclinación de cabeza, cerró la puerta, quedando fuera de la habitación.

Solos, los dos hombres se miraron en silencio.

Barton debía de tener unos cincuenta años, aunque conservaba un aspecto juvenil que, en ningún modo era el de su interlocutor. Éste, Callowan, de anchas espaldas, complexión atlética, alto y con rostro

simpático, hubiese parecido más viejo por las hebras de plata que se entremezclaban con sus cabellos negros.

Pero toda su personalidad irradiaba una potencia que se acusaba en el brillo de sus ojos, negros como los cabellos.

—Tome asiento, Callowan —rogó el personaje.

El otro lo hizo, encendiendo el cigarrillo que Barton acababa de darle. Después William se disculpó:

—Tendrá que perdonarme, pero la reunión se ha alargado mucho más de lo que creíamos todos.

—No tiene importancia. Ya comprendo que estas cosas son siempre así.

El otro asintió, con un gesto de cabeza, y, tras echar una bocanada de humo hacia el techo, dijo:

—Se estará usted preguntando el motivo de esta llamada al Consejo. Y voy a satisfacer su curiosidad en seguida… ¿Ha oído hablar de Dunka?

—¿El nuevo continente de Marte?

—Sí. Un tal Wellington Dunker lo descubrió, hace poco más de un año, de ahí su nombre. Se trata de una extensión de terreno, más allá del Gran Desierto, donde parece que existe una gran riqueza minera, especialmente en uranio y otros metales radiactivos.

»Dunker no era un hombre de negocios, sino un pionero más: una de esas personas que sólo piensan en abrir camino a la civilización. Regresó de sus exploraciones, denunció la existencia del continente, entregó unos planos sencillos, pero lo suficientemente claros para que se pudiese conocer su situación y extensión… y murió, muy joven, cansado y enfermo.

»Dos meses después, el Departamento de Colonización daba permiso para la emigración a Dunka. Muchísimos hombres salieron de la zona de Marte ya conquistada, y a las pocas semanas se creaba una potente Compañía, la Uranium Corporation, que ha empezado a vender cantidades apreciables de sustancias radiactivas, lo que demuestra que el pobre Dunker no se había equivocado en sus apreciaciones.

»Durante este año, todo ha parecido ir bien; pero, sin embargo, ciertos rumores que nos han llegado por diversas vías, nos hacen sospechar la existencia de ciertas anormalidades en Dunka. El Departamento de Colonización envió allí, en los primeros tiempos, un comisario minero, un abogado, un notario y algunos hombres que podrían considerarse como las fuerzas policíacas de aquel nuevo

territorio.

»Los informes que de esta fuente oficial se han recibido no pueden ser más halagüeños, pero todos tememos que la buena voluntad de esas gentes choque con la extensión del Continente y no puedan ejercer su misión con la libertad de movimiento que desearíamos. Por otra parte, los informes desfavorables, en los que se habla de ciertos abusos, no han cesado de llegar al Consejo Mundial, obligándonos a llamarle a usted para que tome cartas en el asunto.

—Comprendo.

—No creo, no obstante, que las cosas posean una gravedad especial. Como en todos los casos de expansión humana y de conquista, debe haber problemas más o menos agudos. La presencia de algún agente suyo en aquel territorio, trabajando de incógnito, podría suministrarnos los datos exactos que necesitamos para poseer una visión concreta de lo que nos interesa.

—Así lo haremos.

—¿Tiene algún hombre especial?

Callowan sonrió.

—La SIP posee siempre la clase de hombres que se necesiten. No se preocupe, señor Barton: enviaremos el idóneo.

—Ya lo sé. —Y después de una pausa—: Ha de tener en cuenta, señor Callowan, que su agente deberá adquirir una parcela en Dunka, parcela que solicitará a la Uranium Corporation, que es quien ha comprado y pagado los derechos de los territorios de aquella parte de Marte.

—Entiendo… Proporcionaré a mi agente el dinero suficiente y una documentación falsa, en la que es posible que no sea necesario cambiar de nombre.

—Usted verá lo que más convenga. Lo que nos interesa verdaderamente es que logremos aclarar lo que ocurre en Dunka. El Consejo tiene ahora muchísimo trabajo con el desarrollo de su misión en Venus, y de las primeras exploraciones de Júpiter. Por eso deseamos que ustedes nos saquen de duda respecto al nuevo continente marciano.

—Puede contar con nosotros.

¡Ay, si Callowan hubiese sabido en qué especie de avispero iba a penetrar!

De haberlo sabido, quizá no se hubiese mostrado tan decididamente optimista.

* * *

A Charles Verton no le pesaban sus cincuenta años; era un hombre fuerte, alto, de miembros nudosos y recios.

Pero lo que no podía soportar eran los disgustos.

Y ahora, mientras regresaba en su oruga a la casa que había montado en la ladera, atravesando la zona esteparia que, a su espalda terminaba en la selva marciana, se decía que había cometido un error, el más grave de su vida, al creer que Dunka era el Eldorado en que todos los hombres sueñan.

Podía haberlo sido.

Porque nunca se imaginó Verton que pudiese existir una riqueza minera tan grande como aquélla; pero ¿de qué servía pasarse la vida allí trabajando salvajemente, si no iba a sacar nada en limpio?

Había empeñado hasta el último centavo en aquella empresa, pensando que, al menos, si él no podía gozar de los beneficios que obtuviese, su hija Diana tendría el porvenir asegurado…

Se mordió los labios.

En el asiento posterior de su oruga, los dos robots, el perforador y el excavador, iban sentados, inmóviles, como dos muñecos que eran. Charles había trabajado con ellos durante toda la jornada, y extraído, en la parcela que poseía, el suficiente uranio en bruto para justificar todos aquellos esfuerzos.

Pero, al pensar en la visita que tendría muy pronto, quizá aquella misma noche, todo su entusiasmo se fundió como la nieve a la caricia de un sol demasiado fuerte.

¿Por qué tenían que ser las cosas así?

Había escrito, y Dios sabía con qué medios lo había logrado, varias veces al Consejo Mundial; pero estaba seguro de que aquellos señores, cómodamente sentados en sus despachos, habían hecho caso omiso de sus cartas, considerándolas como extravagantes exageraciones de un pobre viejo al que el clima de Dunka debía haber empezado a trastornar seriamente.

Cuando el oruga llegó a la parte más alta de la colina, Charles pudo ver la casa prefabricada que había montado junto a un grupo de árboles. Y su corazón se alegró un poco al pensar que Diana le esperaba allí, como cada noche, con una sonrisa inocente y unas palabras que eran como un bálsamo para las heridas que la vida había abierto en su alma.

Precisamente, lo que le ponía fuera de sí era la muchacha, ya que todo lo que sufriese lo consideraba como bien empleado siempre que redundase en beneficio de Diaria; pero, por lo que ya iba pasando, se veía claramente que el producto del sudor y del trabajo iba a ir a parar a otro bolsillo, cuya identidad estaba clara.

Detuvo el vehículo junto al taller, y puso en marcha los robots para que le ayudasen a descargar el mineral y a colocarlo en el fondo de la máquina lavadora. Durante toda la noche los hombres-máquinas trabajarían hasta dejar las sales de uranio completamente limpias y encerradas en las botellas metálicas, de las que no saldría ninguna radiactividad.

Una vez coordinó el trabajo y arregló los circuitos para que nada fallase, se dirigió hacia la casa, situada a un centenar de metros fie allí, distancia que evitaba cualquier desgracia en caso de que algo funcionase mal.

Charles había logrado una casa desmontable de dos pisos, quizá una de las mejores que encontró en los almacenes de la Corporation. El color grisáceo de la casa producía un bello contraste con el fondo azulado de las colinas.

Penetró en la casa, encontrando a Diana que le esperaba en el «living» y que se lanzó hacia él, abrasándolo con fuerza.

—¿Cómo ha ido el día, papá?

—Bien…

Se desposeyó de su traje, antirradiactivo, lavándose después el rostro y las manos, antes de sentarse a la mesa.

—¿Ha venido alguien?

Diana, que servía en aquel momento, levantó la mirada, sobresaltada; después, con voz neutra:

—No ha venido, nadie… ¿esperabas una visita?

También la esperaba ella; pero no deseaba hacer que su padre recordase nada desagradable, sobre todo cuando tornaba del trabajo, preocupado por mil cosas distintas que no debían haberle inquietado.

La comida transcurrió en silencio y Diana no se atrevió a romperlo, viendo que la expresión preocupada de su padre no permitía que desfrunciese el entrecejo durante toda la cena.

Luego, cuando después de terminar ella retiró los platos, trayendo las tasas de café y Charles hubo encendido su pipa, la muchacha se atrevió a preguntar:

—¿Has recogido mucho hoy?

—No ha estado mal: cerca de doce kilos…

—¿Tanto?

Charles miró a su hija, comprendiendo el brillo de sus ojos azules.

Verdaderamente, a medida que iba creciendo, Diana se iba haciendo más bonita y, al mismo tiempo, se parecía más y más a aquella imagen que de su madre guardaba él en lo más recóndito de su mente. Era alta y esbelta como lo había sido ella, con una larga cabellera rubia, cuyos destellos dorados fulguraban bajo la luz de la estancia. Los mismos ojos azules, con las cejas bien dibujadas, la nariz respingona y la boca pequeña, de labios un tanto gruesos e intensamente rojos.

—Con todo el uranio que hemos recogido desde que estamos aquí —dijo él— tendríamos suficiente para haber regresado a la Tierra y vivir tranquilamente el resto de nuestra vida.

Se mordió los labios.

—Pero… ¿cómo vamos a prosperar si esa gentuza de la Corporation nos sangra de esa manera tan horrible? ¿Es que el material que nos han vendido es de oro macizo? Porque lo estamos pagando como si lo fuese… ¿Y las provisiones? ¡Menudos granujas! Nos las traen en helicóptero, pero nos las hacen pagar como si fuera lo mejor del mundo. ¡Fíjate bien, hija mía! Si fuésemos personalmente a New London en busca de todo lo que la Corporation nos sirve, ahorraríamos dinero…, ¡muchísimo! ¿Por qué tenemos que soportar este robo?

Ella tardó en contestar; pero hacía tantísimo tiempo que deseaba decir aquello a su padre que, al fin, se atrevió:

—¿Por qué no nos vamos de aquí, papá?

La miró, con una triste sonrisa en los labios.

—No es posible, pequeña. Recuerda que firmamos un contrato con los de la Corporation, por seis años…, y apenas si llevamos dos. Romper las cláusulas firmadas podría aumentar nuestras dificultades, ya que serían capaces de enviarme a la cárcel. ¿Olvidas que tienen comprados a los jueces, a los tribunales y hasta al mismo gobernador de New London?

—¡Pero podíamos escribir al Consejo Mundial!

—Ya lo he hecho, Diana…, y no me han hecho el menor caso.

—¿Entonces?

—Habrá que trabajar más y ocultar, como ya he empezado a hacer algunas cantidades de uranio bruto.

—¿No lo notarán?

—Creo que no. Mi idea es poseer una reserva aparte, ya que si

declaro todo lo que extraigo no hacen más que aumentar los precios de lo que nos traen. Esperando un poco y volviendo a escribir al Consejo, podría lograr que enviasen mía comisión aquí para investigar este estado de cosas. Si lo consigo, aunque sea dentro de tres años, poseeremos lo necesario para regresar a la Tierra y vivir allí con tranquilidad.

—¡Es una idea maravillosa, papá!

—Hay que defenderse como sea, hijita. Esos tipos nos han tomado el pelo desde el principio, esquilmándonos de una manera espantosa. Pero, con un poco de paciencia, conseguiremos demostrarles que no somos tan tontos como ellos se imaginan…

Y como la muchacha no dijese nada preguntó:

—¿Puedes calcular lo que gana esta sociedad, Diana?

—Nunca me he detenido en ello.

—Yo sí… ¡Millones! Y no creas que exagero… Hay cinco mil colonos en Dunka, cinco mil esclavos que trabajan para engordar a esos cerdos. Todo el uranio que se recoge pasa por sus manos y el negocio lo hacen sólo ellos. Por otra parte, servir a cinco mil colonos, al precio que fijan a las mercancías, a los materiales y a las herramientas es otro negocio que no debe despreciarse. ¡Se hacen de oro, hija mía!

—No sé cómo las autoridades consienten esto. Charles dejó escapar una risita breve.

—¿Autoridades? ¿Es que las hay, Diana? Todos los nombrados por el Consejo se han corrompido, dejándose ganar por lo que reciben de la Corporation: el gobernador, la policía y la comisión que nombraron en la Tierra. Sólo alguien sería capaz de romper esta muralla de estiércol que rodea hoy los asuntos marcianos.

—¿Quién, padre?

—Donald Callowan y los hombres de la Spacial International Police. Si ellos supiesen lo que ocurre aquí, vendrían y ya verías qué pronto se acababa todo esto.

—¿Es que no se les puede escribir?

—Sí…, pero es muy difícil. Incluso creo que algunas de las cartas que envié al Consejo han caído en manos de ese puerco de Chass London.

—¿El director de la Corporation?

—El mismo. Hoy por hoy, es el amo de Marte. E incluso si la SIP llegase oficialmente, no conseguiría nada. ¿No has oído hablar de los Clubs de Colonos?

—Sí, oí que iban a ser instalados por aquí.

—Ya lo han hecho. ¿Y qué crees que son? ¡Negocio para London! Se trata de salas de juego, de fumadores de opio; en fin, de todo lo que puede vaciar los ya exhaustos bolsillos de los colonos. ¡Y estoy seguro de que en la Tierra hay quien aplaude ese benefactor de la humanidad, a ese hombre que, sin medir sacrificios ni gastos, se preocupa de la vida de los pobres colonos, llevándolos un poco de alegría al borde de la espantosa selva de Dunka!

»¡Banda de imbéciles! ¿Es que no ven claro que lo que quiere Chass es engañarnos? ¿Es que no hay nadie inteligente en la Tierra para darse cuenta de que aquí se está montando el negocio de esclavos más horrible que ha existido jamás?

»¡Imagínate, Diana! Toda esa propaganda en la Tierra hará que miles de hombres que, con toda seguridad, poseían un medio de vida decente allá, olviden la tranquilidad de la que gozan y vengan aquí, engañados por las embusteras palabras que los agentes de prensa de London vierten por todo el mundo.

»Por eso será muy poco probable que se haga eco a las cartas que hemos enviado a la Tierra. Y debemos pensar en nosotros, pequeña. Así, con esa reserva de uranio, tendremos una especie de ahorro para el mañana, cuando todo se arregle.

»Yo, por mi parte…

Se detuvo.

Un rumor creciente llegaba del cielo. Frunciendo el entrecejo, miró a su hija.

—Ya vienen. Me extrañó mucho que no lo hiciesen ayer.

Y después de una pausa dijo:

—Llévate la cafetera, Diana. No quiero ni ofrecerles un vaso de agua.

Capítulo II



HILIP fue el primero que bajó del helicóptero. Era un hombre alto, como los otros dos que le siguieron. Iban vestidos con trajes espaciales y despedían un olor a agua de Colonia barata.

Tenían aspecto de matones y el brillo acerado de sus pupilas demostraba que estaban acostumbrados a imponerse por la fuerza, sobre, todo desde que London les había dado como un imperio aquel extenso continente donde, obedeciéndole, eran la ley impuesta por él.

—¿Y el paquete para la chica? —inquirió Albert.

Fred «Alligator», el tercero de los tres, así llamado por sus dientes afilados artificialmente, como solían hacer algunos pilotos del espacio, en los primeros tiempos de la exploración cósmica.

—Lo tengo yo —dijo.

Era una manera de decir que no debían olvidar que la muchacha le gustaba a él y que deseaba que nadie más se inmiscuyese en aquel asunto.

Caminaron hacía la casa, medio centenar de metros más allá del lugar donde habían aterrizado.

—Tú, Albert —ordenó «Alligator»—, ve a echar una ojeada al almacén del viejo.

Está bien.

Se alejó, separándose de los otros dos que prosiguieron el camino

hacia el brillante edificio. Momentos después llamaban a la puerta y ésta se abría dejando ver el rostro lindo de Diana Verton.

—¡Hola! —saludó Fred, con una sonrisa de doble sentido.

—Buenas noches… ¿quieren pasar?

—¿Por qué no?

Penetraron en el salón. Entonces vio a Charles, que, con la pipa en los labios, estaba al lado de la chimenea artificial, que una pila, trabajando con los residuos del uranio, calentaba así como todas las demás instalaciones de la casa.

—¡Hola, señor Verton! —saludó Fred, dejándose caer en uno de les sillones.

El viejo gruñó algo ininteligible, que podía ser un saludo u otra cosa.

Una vez sentados los dos visitantes, encendieron, sendos cigarrillos y Fred, que no había dejado de mirar a la joven, dijo:

—Le he traído un regalo, Diana.

Charles se volvió, como si una víbora le hubiese picado.

—Ya sabe que no tiene que hacer ningún regalo a mi hija. ¿Cree que no soy capaz de hacerlo yo?

«Alligator» sonrió, mostrando sus dientes picudos.

—Nadie dice eso, Verton; pero usted no puede ir por ahora a New London y yo sí…; no creo que haya nada malo en que obsequie a la señorita con una bagatela.

Se encogió el joven de hombros y la muchacha cogió el paquete, saliendo de la habitación para, digiéndose a la suya, poderlo abrir a solas.

—Le traemos las provisiones y algo de material —dijo Philip.

Charles encogió los anchos hombros, pero su mirada brilló con mayor intensidad.

—¿Y los precios?

Fred torció el gesto.

—Han aumentado un poco, pero ya sabe que no tiene que preocuparse…

—Ya lo sé. Nunca hay que preocuparse cuando las deudas se van amontonando en las oficinas de tu amo.

Fue como un trallazo que hubiese restallado en el rostro de Fred.

—No me gusta que me hablen así, Verton…; el señor London no es mi amo, es el director de la Corporation.

Charles sonrió.

—Esa es una manera de hablar… Lo quieras o no, Chass es nuestro amo, el amo de cinco mil esclavos.

—¡Está usted loco! ¿Cree usted que estamos en la época de una colonización como la del Oeste? Han pasado dos siglos y ya no pueden hacerse las cosas como por aquel entonces. ¿Se imagina todas las dificultades que tendrían ustedes si, por ejemplo, tuviesen que ir a comprar sus cosas, abandonando el trabajo?

—Sería mucho mejor… y eso ya lo sabes tú. También sabes que yo quería formar una cooperativa que hubiésemos pagado todos los colonos y con la que hubiésemos ahorrado muchísimo dinero.

—¡Bobadas! ¿De dónde iban a sacar el dinero para comprar los helicópteros para servir el material y las provisiones? ¿O es que ha olvidado que la línea de los colonos ocupa cerca de mil millas?

—¿Y eso qué? Hubiésemos logrado todos los créditos que necesitábamos y hoy tendríamos un servicio de autogiros mejor que el vuestro… y más baratos.

«Alligator» sonrió.

—¿Y cómo hubiesen logrado esos créditos?

—Ya lo sé. Los cinco Bancos de New London están controlados por tu amo…

—¡Charles!

—¡Papá!

Diana, que había aparecido en el umbral de la puerta, miró a su padre. Llevaba el paquete, que había vuelto a atar, en la mano. Silenciosamente como si obrase en contra de su voluntad, se acercó a Fred y tendiéndole la caja dijo:

—Muy bonito, señor; pero no puedo aceptarlo.

El otro frunció el entrecejo e inquirió:

—¿Se puede saber por qué?

—¿Es que no te lo han dicho con bastante claridad?

«Alligator» se volvió hacia el viejo; sus pupilas brillaron peligrosamente; pero, dominándose, rio, dejando el paquete sobre la mesa.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Fue Diana a abrir, regresando junto a Albert Cummings, que se sentó junto a Fred.

—¿Qué hay? —inquirió éste, que había notado algo raro en la mirada de su compañero.

Fraude.

—¿Qué quieres decir?

—Los robots han obtenido más material del que las botellas antirradiactivas.

La sonrisa irónica de Fred se amplió y mirando a Charles con los ojillos entornados dijo:

—¡Conque ésas tenemos, amiguito?

—¿Qué diablos quieres decir?

—Ya lo ha oído, muy claramente, Verton…, ¿o es que nos había tomado por idiotas? Todos los robots que vendemos están preparados, con un contador especial, que se impresiona en razón directa a la cantidad de uranio extraída. Y las cifras no mienten… ¿Dónde ha metido lo que falta?

—No entiendo ni una palabra.

—Hace mal en no decir la verdad. Ya sabe que le puede costar muy caro y que la ocultación de material extraído puede costarle un disgusto: llegar a prisión, con la pérdida de todos los derechos de esta parcela.

—¡Os la podéis guardar! —dijo, «enfurecido, el viejo.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que renuncia?

—Ya has oído.

—Papá! —intervino Diana.

—¡Tú cállate, pequeña! —instó Charles.

—Su hija tiene mucho más sentido común que usted —dijo Fred—. La renuncia está acompañada por un proceso de denuncia cuando los motivos no son los de enfermedad o muerte… ¿Quiere seguir adelante?

—¡Ya te he dicho que me importa poco lo que hagas! ¿Motivos? Tengo tantos como puede tener cualquier colono… ¡Explotación! ¡Esclavitud! ¡Robo constante y salvaje! Pero alguna vez tu como tu amo recibirá lo que merece.

—No diga tonterías.

—Ahora pueden parecer tonterías…, ¿no has oído hablar nunca de la SIP?

—¡Claro que sí! Justamente, uno de sus personajes más importantes ha venido a Marte y el señor London le ha invitado a pasar unos días, en una de sus fincas.

Charles miró a «Alligator». Este no mentía.

Y entonces todas sus esperanzas se vinieron abajo; porque se daba

cuenta de lo estúpido que había sido al guardar alguna. ¿Cómo podía la SIP pasar aquel muro que Chass London había levantado entre la verdad y su posición privilegiada?

Haría que los que Llegasen a Marte visitasen algunas falsas colonias que había organizado mucho más arriba, en una zona alejada de la de la verdadera explotación. Allí, pagados por él, había hombres que estaban dispuestos a vitorearle como a un salvador de la raza humana.

—¿Quiere que comuniquemos su renuncia? Insistió Fred.

Charles no contestó.

Comprendiendo que había vencido otra vez, «Alligator» sonrió.

—Bien. Le daremos una semana para entregar el mineral escondido —miró a Diana, descaradamente—, aunque ya sabe, Verton qué si usted quisiera…

Se detuvo al ver que el viejo cerraba los puños con rabia.

—Tiempo al tiempo…, ése es mi lema —dijo, poniéndose en pie—. Voy a ordenar que le bajen todo lo que le he traído. Y recuerde que volveremos la semana próxima…

Se acercó a la muchacha y señalando el paquete preguntó:

—¿Me lo llevo?

Ella miró a su padre, que, con la cabeza entre las manos, parecía abatido. Luego, levantando el rostro hacía el hombre, dijo:

—Gracias; me lo quedará.

La sonrisa de «Alligator» se amplió.

—Eso está mejor, preciosa di a tu padre que no cometa errores. Todo cambiaría para vosotros si…

Ella se alejó, asustada y horrorizada al mismo tiempo.

Era un precio que conocía desde el principio, pero que no estaba, dispuesta a pagar.

* * *

—No, no suban mis paquetes al coche —rogó el joven.

El empleado le miró, interrogativamente, extrañado que alguien pudiera no estar deseando pasar por New London después de un viaje de seis días en la astronave que le había llevado desde la Tierra.

—Hay un oruga en la bodega. Yo lo cargaré todo y saldré hacia el Sur.

—¿Va usted lejos?

—A Dunka.

—¡Pero si está a seiscientas millas!

El joven sonrió.

—No se preocupe. Mi oruga es muy rápido y no tardaré mucho en llegar allí. He comprado una parcela y estoy deseando verla.

—El empleado del astropuerto sonrió.

Ahora lo comprendía todo.

¡Aquél era otro de los locos colonos, de la gente atraída por la propaganda de un enriquecimiento rápido! Pero, de todos modos, era el primero que veía no pasar siquiera por la ciudad, que tantos atractivos tenía después del largo y pesado viaje.

—Como usted quiera… —se limitó a decir.

Y se alejó.

El joven tuvo que ocuparse, cuando, el equipo de descarga dejó el oruga a su lado, de cargarle todo. Pero parecía que el entusiasmo vencía todos los obstáculos y, por otra parte, los dos magníficos robots que había desembalado le ayudaron en el trabajo con una eficacia y obediencia ejemplares.

Poco después el oruga se alejaba por la autopista que, sin pasar directamente por la ciudad, se dirigía hacia las colinas desde donde se prolongaba hacia el Gran Desierto.

Al otro lado estaba Dunka, el nuevo continente.

Conduciendo su rápido vehículo, Alan Sanders contempló el cielo, en aquella magnífica noche, cuajado de estrellas. No era la primera vez que llegaba a Marte con una misión; pero las anteriores, que se habían desarrollado hacía mucho tiempo, en New London, fueron relativamente fáciles.

Ahora era distinto.

Sin saber exactamente por qué, Alan tenía la Impresión de que iba a penetrar en un mundo distinto, donde la violencia reinaba de una manera solapada, sin estridencias, con esa forma nueva que el delincuente, moderno tenía de hacer las cosas.

Las instrucciones que Callowan le había dado se resumían en abrir mucho los ojos e informarse de todo cuanto aconteciese a su alrededor. Habla recibido una instrucción especial, antes de salir de Washington, en vista de su misión. Y podía considerarse, en aquel momento, como un buen especialista en electrónica y un hombre que conocía los productos radiactivos de una forma bastante completa.

También había estudiado detalladamente los mapas se Dunka y

conocía el continente como si lo hubiese recorrido en todas las zonas exploradas basta el momento. La mancha verde de la jungla, que se extendía al sur de Dunka, no había sido explorada más que en una pequeña porción, ya que era precisamente allí donde empezaba la zona rica en uranio y otros cuerpos radiactivos. Y los colonos estaban extendidos a lo largo de la línea que limitaba la selva, como pescadores junto a un proceloso mar lleno de desconocidos peligros.

Alan atravesó el desierto sin descansar; deseaba llegar cuanto antes a la parcela que había adquirido en las oficinas de Colonización de Nueva York.

Su vehículo cumplió maravillosamente bien, demostrando su excepcional potencia, ya que había sido especialmente preparado en la Escuela de la Spacial International Police, así como los demás instrumentos.

Al amanecer estaba saliendo del Gran Desierto. Sirviéndose del mapa que la oficina de Colonización le había dado y guiándose por los hitos colocados a lo largo de la ruta, no tardo más de cuatro horas en detenerse, después de atravesar una zona de onduladas colinas en el lugar que daba frente a la zona de selva donde estaba situada su parcela.

Experimentó una sensación extraña al ver la densidad de aquel muro de verdura que se extendía ante él. La altura de los árboles excedía los cincuenta metros y las líneas, yendo de uno a otro, formaban una pared aparentemente infranqueable.

Se dedicó entonces, con la ayuda de los dos robots, a montar la casa prefabricada que había traído de la Tierra, Dos horas más tarde su hogar estaba concluido.

No era nada del otro mundo, ya que no poseía más que tres habitaciones, pero su interior, alumbrado y mantenido a temperatura normal por la minúscula pila atómica, ofrecía un ambiente agradable. Montó también los muebles metálicos, echando después una ojeada de satisfacción a su alrededor.

Tomó algunas provisiones, pues no había probado bocado desde la noche anterior, cuando cenó en la astronave, poco antes de que ésta se posase en el astropuerto de Marte y fumó un par de cigarrillos, pensando que lo mejor sería echar una ojeada a su parcela, observar su extensión, marcarla y trabajar un poco.

Desde su llegada a Marte, su línea de conducta ha sido la de un joven que ansiaba por hacerse como si hubiera empleado sus últimos

fondos aquella empresa. Debía, por lo tanto, dar la impresión de que sólo le interesaba los materiales radiactivos y el dinero que podía sacar de ellos.

Con si oruga y los robots, así como con el material necesario para el trabajo, penetró en la selva, teniéndose que abrir paso, en muchas ocasiones, hasta llegar al punto donde estaba situada su parcela. Junto a los robots, que le ayudaban silenciosamente, plantó los mojones metálicos en los que colocó las tarjetas de plástico con su nombre, y el número de su carta de propiedad. Delimitando así su parcela, se dedicó después a hacer algunos sondeos, empleando uno de los hombres-máquinas, dotado de la potente perforadora.

No tardó, al pasar por el contador Geiser las muestras obtenidas en la tierra marciana, de comprobar que allí existían cantidades notables de uranio, lo que demostraba la importancia del descubrimiento de aquel nuevo continente.

Examinó la riqueza de las gangas, haciendo un rápido cálculo que le llevó a considerar que las sales uraníferas poseían una pureza mucho más intensa que todas las que el hombre había descubierto jamás.

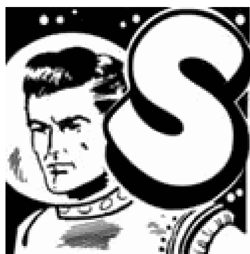
Después, dirigiéndose con todo lo recogido hacia el vehículo, consideró que ya había trabajado bastante en aquella primera jornada de «minero». Y se dirigió hacia la casa, pensando con placer en el largo descanso que iba a tomarse después de casi treinta horas de actividad ininterrumpida.

Hasta sabía que el asunto de Dunka no era ningún «bluff» y que, por el contrario, constituía un de los negocios más fabulosos que nunca se hubieran conocido.

Cenó ligeramente, dejando para la mañana siguiente la limpieza de lo obtenido, ya que debía montar un laboratorio a cierta distancia de la casa. Se había quitado el traje «antirradiación» y se acostó, satisfecho de lo logrado.

Se durmió como un tronco.

Capítulo III


E despertó de un excelente humor, preparándose un desayuno copioso, que devoró con un apetito envidiable.

A través del ventanal de su «living», vio, por primera vez, la estructura, a lo lejos, de una casa mayor que la suya, cosa que no había llamado su atención poderosamente el día anterior.

Le alegraba saber que tenía vecinos y se propuso visitarlos aquella tarde, cuando hubiera terminado de montar su almacén-laboratorio. No pensaba dirigirse a la parcela aquel día, dedicándolo por entero a sus trabajos.

Sonrió.

No podía negarse a sí mismo que aquella existencia, un poco a lo Robinson, empezaba a gustarle; Pero se dijo que no debía olvidar ni un solo momento su misión, que era, en realidad, lo que le había traído aquí.

Terminado el desayuno y con un cigarrillo en los labios, salió de la casa.

Nada más hacerlo, sintió que sus músculos se ponían en tensión, envarados. Cerró los puños, hasta hacerse daño.

Porque ante él estaba todo su material, el que había llevado de la Tierra, ¡completamente destrozado!

Sólo se había salvado el oruga; pero el resto: los robots, los

contadores, las perforadoras y excavadoras, los aparatos de control, el proyector de «georradar»… ¡todo estaba reducido a un montón informe de chatarra!

Estaba furioso, considerándose el último de los estúpidos al haber creído que las cosas iban a marchar como la seda. Se confió y allí tenía el precio de su idiotez, el pago de su simpleza.

Se acercó, examinando todo, viendo que la destrucción se habla hecho de una manera sistemática imposibilitando por completo la utilización ulterior de las máquinas, haciendo inútil toda idea de reparación.

Los circuitos delicadísimos de los robots habían sido arrancados de cuajo, machacados los «relais» casi microscópicos, hechas trizas las lámparas electrónicas.

No encontraba el motivo, la justificación lógica de aquel vandalismo horrible. Porque ¿qué había hecho él que se le tratase de aquel modo? Nadie, en absoluto, conocía su verdadera personalidad y había obrado como cualquier otro colono, preocupándose sólo por llegar a su propiedad y empezar el trabajo como tantos otros.

¿Entonces?

¿Era posible que una organización tan potente como la Uranium Corporation dejase vagar por los territorios que el Consejo le había confiado una banda de vándalos que destrozase el costoso material de los colonos?

Era imposible.

Percatándose de que nada podía hacerse por remediar la catástrofe, cerró la casa, y subiendo a su oruga se lanzó por las colinas hacia la casa que había visto poco antes.

Quizá sus vecinos podrían decirle algo…, si es que no habían sido ellos los culpables. Porque, como estaba empezando a ver, aquel continente se regía por leyes primitivas y la envidia podía ser uno de los más importantes motores.

No tardó mucho en detenerse ante la puerta de la casa. Vio un oruga, mucho menos moderno y, rápido que el suyo. Descendió del vehículo y llamó, experimentando el natural nerviosismo que seguía a la cólera que le había producido el descubrimiento ele lo que le habían hecho.

Al abrirse la puerta y aparecer Diana, Alan se quedó con la boca abierta. Si en verdad esperaba cualquier cosa, nunca había imaginado encontrarse ante una joven como aquélla en un lugar así.

Toda su furia se derrumbó, como un castillo de arena; luego, con voz sin timbre, se presentó:

—Soy… el nuevo vecino.

Ella le sonrió.

—Vimos llegar su coche ayer por la mañana. Pase, por favor.

Lo hizo el joven, dándose cuenta del ambiente apacible que reinaba allí dentro. Por doquier, se vela la mano de aquella muchacha que había cuidado los detalles y dado a todo un aire de confort que no se imaginaba uno poder encontrar allí, junto a la selva salvaje, al otro lado del Gran Desierto.

Al fondo se abrió una puerta, dando paso a un hombre alto, de cabellos canosos y mirada cargada de nobleza.

—Es mi padre —dijo la muchacha—; éste es el señor que llegó ayer, papá.

El joven se acercó al otro, estrechando vigorosamente su diestra.

—Me llamo Alan Standers… —dijo.

—Yo soy Charles Verton… —repuso el otro— y mi hija Diana.

—¿No quiere sentarse? —inquirió ésta.

Y cuando Alan lo hubo hecho, así como Charles, Diana dijo:

—¿Quiere tomar algo, señor Sanders?

El joven sonrió.

—No vaya a pensar que no lo necesito…; un vaso de «whisky», por favor. —Y volviéndose a Charles se encaró con él—: Hace un instante, señor Verton, he visto que me habían destrozado, durante la noche, todo el material que había traído.

El viejo frunció las cejas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que he encontrado, al salir de casa, todo mi material estropeado, hecho añicos. Sólo han respetado mi oruga. Ayer estuve acotando mi parcela y haciendo los primeros trabajos de prospección…

—¿Encontró algo?

—Una veta excelente; pero, volviendo a lo que le iba diciendo, ¿por qué me han destrozado el material?

—¿Lo pagó?

—¡Claro! Lo compré en la Tierra, al contado: material excelente todo ello, sobre todo los robots… ¡Dos «Hunker» de primera clase!

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Charles Verton.

—¿Asi que se atrevió usted a traer el material de la Tierra?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que cometió un error grave. No estamos autorizados a comprar nada que no venga de la Corporation: es la ley.

—¡Pero eso es absurdo! ¡No pueden obligar a hacer compras en un determinado lugar!

—No, nadie le obliga…, pero vea lo que le ha ocurrido. Ahora necesitará nuevo material, pero no debe molestarse en ir a New London, los hombres de Chass vendrán a visitarle dentro de muy poco.

—¿Quién es Chass?

—El director-propietario de la Corporation. Su nombre completo es Chass London.

—¿Tiene que ver algo ese nombre con el de la ciudad?

—No creo, aunque también es posible que Chass se llame de otra forma. Lo importante es que él es el amo y que sus esbirros vendrán a verle para ofrecerle todo el material que necesite…, a un precio que le hará ponerse pálido.

—Entonces ¿cree usted que han sido ellos los que destrozaron mi material?

—Yo no puedo acusar a nadie, amigo mío. No he visto nada, y si hubiera visto algo me libraría mucho de decirlo.

—¿Tiene miedo?

Charles miró fijamente a su interlocutor.

—Yo no tuve nunca miedo, señor Sanders…, nunca, ¿me entiende usted? Pero tengo una hija y es por ella por lo que he hecho todo esto.

Y le contó su llegada a Marte, su entusiasmo, su cólera al ver que por mucho que trabajase jamás lograr nada positivo, la ocultación del material recogido en horas extra de trabajo, su descubrimiento por los hombres de Chass y el ultimátum que había recibido de ellos para entregar lo que había escondido.

—Nos tienen bien cogidos, muchacho. No hay nada que hacer para escapar de esta trampa donde estúpidamente nos hemos metido nosotros mismos.

Hubo un largo silencio.

Diana, que había servido las bebidas volvió a llenar los vasos, sentándose de nuevo en uno de los sillones.

Alan pensaba rápidamente. Nunca le había ocurrido nada semejante, ya que no esperaba conocer, la verdad tan rápidamente. Era como si el caso estuviese resuelto, en cierto modo, puesto que necesitaba poseer pruebas para entregar a Callowan.

Pero ¿iba a ser tan fácil obtenerlas?

Los Verton le invitaron a comer y almorzó con ellos, despidiéndose después de ambos y regresando a su casa. Los lastimosos restos de su precioso material estaban allí. Venciendo la rabia que le dominaba, vio que habían dejado todo el mineral extraído y lo llevó, cuidadosamente, al lugar donde se entretuvo en ir montando el almacén laboratorio.

Con la ayuda de los robots, lo hubiera hecho en un par de horas; pero anochecía ya cuando terminaba de poner las paredes. Y, hallándose cansado, pensó que lo mejor sería continuar al día siguiente.

Se dirigía hacía su casa cuando vio que un helicóptero, al que los martillazos le hablan impedido oír antes, se posaba a corta distancia de allí. Tres hombres descendieron y se acercaron a él.

Alan dedujo que se trataba de los tres tipos de los que Charles Verton le había hablado.

El que iba delante, sonriente, le tendió la mano que el joven estrechó sin mucho entusiasmo.

—¡Bien venido a Dunka, amigo! Ayer nos comunicaron su llegada y hemos venido a saludarle y a ponernos a su disposición…

—¿Quién les manda?

—El señor London, director —propietario de la Corporation.

—Hagan el favor de pasar.

—Gracias.

Les invitó a sentarse, sirviéndoles después una copa; luego, fingiendo una cólera que, en realidad, sentía, pero de otro modo, les explicó lo ocurrido la noche anterior.

El que se había presentado como Fred, y que parecía llevar la voz cantante, se asombró, simulando perfectamente una indignación colérica.

—¿Otra vez? ¡Estamos hartos de esos grupos de bandidos que recorren estos territorios, con el solo afán de destrozar!

—¿Quiénes son? —inquirió el joven agente.

—¡Unos desdichados, señor Sanders! Gente que tuvimos que despropiar de sus parcelas, ya que no hacían más que emborracharse sin cumplir lo estipulado en sus contratos. Ahora se vengan de esa manera baja y rastrera…, pero no se preocupe; le procuraremos todo el material que necesite y haremos con usted una excepción en cuanto a la forma de pago: le daremos cuantas facilidades desee.

—Muy agradecido. ¿Cuándo podré tener el nuevo material?

—Pasado mañana.

—¿No podría ir a buscarlo a la ciudad?

—No le conviene irse de aquí, amigo mío. Y debe cerrarse con llave por la noche. Con esos bandoleros libres podría ocurrirle alguna desgracia que no nos perdonaríamos nunca. Por otra parte, le prometemos hacer lo imposible por cazar a esos indeseables.

Sonrió, y bebiendo lo que le quedaba en el vaso exclamó:

—¡Le auguramos muchísima suerte, señor Sanders! También necesitará provisiones, ¿verdad?

—Sí.

—Le traeremos cuanto pueda desear. La Corporation desea que sus colonos no estén faltos de nada.

Se puso en pie.

—Y ahora, con su permiso, vamos a regresar. Tenemos que hacer unas visitas antes de volver a la ciudad.

Se estrecharon la mano y poco después se alejaba el helicóptero. Desde el dintel de la puerta de, su casa, Alan siguió las luces de situación del aparato.

* * *

—¿Se ha atrevido a hacer eso?

«Alligator» asintió primero con un gesto de cabeza; luego dijo:

—Sí, yo también me sorprendí, señor. Ya sabe usted que generalmente la ojeada que echamos a los contadores de trabajo de los robots es meramente rutinaria. Nunca, hasta ahora, nos hemos encontrado con una alteración de ese tipo. Esto habrá que solucionarlo pronto.

Chass London entornó los ojos.

Era un hombre alto, fornido; pero su más llamativa característica era su cabellera rojiza y su bien cuidada barba, del mismo color de fuego. Sus ojos eran pardos y brillaban bajo unas cejas de idéntico color que el de su pelo.

Iba elegantísimamente vestido y todo cuanto le rodeaba demostraba un inacabable afán por el lujo. Muebles, cuadros, hasta la misma estructura del monumental despacho y la estancia, cuyas tres cuartas partes eran de material transparente, denotaban la necesidad que aquel hombre tenía de una escenificación que le recordase, en cualquier instante, el poder omnímodo que había adquirido en los últimos años.

Chass no era americano. Procedente de los barrios miserables de

Londres, había vivido gran parte de su vida en el célebre Soho que, a pesar de la modernización que había experimentado la capital inglesa, seguía siendo un foco de existencias turbias, de personajes equívocos.

Nadie sabía, excepto él mismo, todo lo que había padecido en aquel miserable teatro de sus primeras hazañas; pero, decidido a vencer, no habla retrocedido ante ningún obstáculo, llegando incluso hasta el crimen para conseguir lo que deseaba.

Así, con una cierta cantidad de dinero, se trasladó, cuando apenas había cumplido veinte años, a, Chicago, encontrándose como en su propio Soho en los barrios bajos de la populosa ciudad americana. Allí supo abrirse paso y llegar, por medio de la violencia, a definir una personalidad que iba a ser tristemente célebre.

Ya se veía en él la espina dorsal de su carácter aquella característica de dominio, aquel impulso de mando que le convirtió, en los Estados Unidos, en un jefe de banda al que todo el mundo conocía por Chass «London» debido a su procedencia.

Se llamaba en realidad Chass Ferguson. Pero cambió su nombre, consciente de la importancia que para todos poseía el apodo que le había hecho famoso.

Durante su estancia en América, hizo todo con sumo cuidado, cosa que le permitió no verse envuelto en ninguna acción policíaca y, cuando poseyó el dinero que necesitaba, pudo salir hacia Marte convertido en un caballero sin tacha.

—Ese hombre —dijo, después del silencio que siguió a las palabras de Fred— es demasiado peligroso.

—Ha prometido devolver el mineral que había ocultado.

—Sí, Pero eso no importa. En otras circunstancias —agregó, sonriendo— el viejo Verton me preocuparía; pero ahora no. Dunka y después de una breve pausa dijo:

Miró a los tres hombres que le representaban en Dunka y después de una breve pausa dijo:

—Ha llegado el momento de llevar a cabo la segunda parte del plan.

—¿De qué se trata? —inquirió «Alligator», que generalmente era el único que se atrevía a hablar en aquellas reuniones.

Chass señaló un voluminoso montón de papeles que había sobre la mesa de despacho.

—Aquí están todos los partes de trabajo y producción que me habéis enviado, así como los mapas definitivos de las parcelas. He pasado la noche haciendo números y me he convencido de que gastamos

demasiado con unos colonos que, en realidad, ya no nos sirven para nada.

El asombro se pintó en los rostros de Philip y Albert. E incluso Fred frunció el entrecejo.

Pero ninguno de los tres dijo nada, esperando que su jefe se explicase con mayor claridad.

Chass encendió un cigarrillo; luego dijo:

—Los robots no hubiesen sido nunca capaces de hacer lo que los colonos han llevado a efecto. Las máquinas, sin ser guiadas por el hombre, continúan siendo eso, máquinas… Por eso nos hemos visto obligados a traer a Marte a todos esos necios. Pero ahora es distinto… Hay cinco mil parcelas en las que se ha empezado a trabajar de firme; las vetas han sido descubiertas y las máquinas sí que ahora, con una pequeña vigilancia, pueden continuar solas el trabajo.

»Un pequeño equipo de hombres, que trabajen a sueldo, puede llevar adelante la explotación total. Por otra parte, los números cantan. Y ya sabéis lo caro que resulta tener que alimentar a cinco mil doscientas personas, ya que algunos colonos tienen familia. El beneficio neto disminuye a ojos vista y el negocio se ha convertido en algo que está muy lejos de lo que yo pensaba.

»Pero además, y el caso de Verton nos lo demuestra, un descontento creciente y general puede surgir, de un momento a otro, de los colonos, planteándonos problemas que no tenemos necesidad alguna de soportar.

»Todo esto nos demuestra que ha llegado el momento de hacer, sea como sea, que los colonos abandonen "voluntariamente" sus parcelas, sin ganas de reclamación alguna.

—¡Pero eso es imposible, señor! —exclamó «Alligator», sin poder contenerse.

—No hay nada imposible, amigo mío; aunque, en cierto modo y para algunos colonos, tienes toda la razón…

Alargó una mano y se apoderó de una hoja que estaba separada del montón de papeles.

—Aquí tienes una relación de treinta colonos, todos ellos del tipo de Verton, aunque menos virulentos que él. Con éstos no vale ninguna de las medidas que pudiésemos adoptar y para ellos no queda más que una alternativa: la muerte.

Chass miró a sus hombres como si desease penetrar en lo más íntimo de sus ideas. Después, sin dejar de sonreír:

—Habrá diez mil dólares por cada uno de estos hombres… una

verdadera fortuna para nosotros.

Philip y Albert sonrieron, mirándose significativamente. En cuanto a Fred, siguió serio, sin que un músculo de su rostro se moviese lo más mínimo.

Chass lo notó y abandonando su sonrisa:

—¿No te conviene el trato, Fred?

—No es eso, señor.

—¿Entonces?

—Yo haré lo que usted mande, pero no quiero que me pague con dinero.

El asombro se pintó en el rostro de los otros dos.

Fred sonrió, ahora, contento de haber sorprendido a todos.

—¿Qué es lo que deseas como pago…? —inquirió Chass, con prudencia.

—La chica.

Chass lanzó una carcajada.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó—. ¡Nunca creí que Fred se dejase cazar de esa manera! Claro que, después de todo, se comprende. Diana Verton es la única mujer en Dunka y es, la he visto una sola vez, una muchacha que no está nada mal.

Miró fijamente a Fred.

—Bien… trato hecho, aunque tú no intervendrás para nada en la desaparición de los tipos que hay en esta lista.

—¿No?

—No. Eso lo harán Philip y Albert. Tú vas a quedarte aquí. Quiero presentarte a un amigo mío que te dará instrucciones. ¡Ya verás con qué facilidad haremos que los colonos abandonen Dunka!

—Pero ¿podré ir por la chica?

—Naturalmente. Mañana saldréis los tres para el continente. Tú regresarás en cuanto tengas a la muchacha. Los otros llevarán a cabo su trabajo y tú empezarás entonces el tuyo… ¡Sírvenos otra vaso, Cummings!

Capítulo IV

L atardecer. Alan regresó hacia su casa. Había trabajado durante toda la jornada, con más intensidad que la que convenía, ya que deseaba tener el día siguiente completamente libre, sin despertar sospechas y habiendo obtenido una cantidad de mineral que podría justificar su ausencia.

Quería ir a New London.

Conocía ahora lo suficiente de aquel asunto para establecer ciertas conclusiones y éstas no podía hallarlas más que en la ciudad, investigando la personalidad de Chass London.

Recordando lo que Verton, al que había visitado con frecuencia, le había dicho sobre aquel siniestro personaje que era Chass, Sanders sabía que debía ser prudente, ya que London poseía en la ciudad muchos e importantes amigos que iban a hacer difícil una labor de investigación.

Por otra parte, el agente sabía que la SIP no podía ayudarle, al menos por el momento, ya que Callowan no podía comprometer la organización que mandaba sin que las pruebas de culpabilidad no fuesen lo suficientemente claras.

La destrucción de su propio material era una prueba evidente: pero de ningún modo podía atribuírsela a Chass, ya que sus propios hombres, los que hicieron polvo la maquinaria, habían hablado de una banda no controlada que, en caso necesario, podrían crear para echar por tierra

los planes da la Spacial International Police.

Al llegar a su casa y después de quitarse el traje antirradiactivo, el joven se preparó la cena, sin dejar de pensar en la manera de obrar, al día siguiente, para llegar a New London.

Charles Verton le había advertido de lo peligroso que era, ya que las patrullas a las órdenes de «Alligator», formadas por todo el desecho de todas las ciudades del mundo, vigilaban estrechamente la zona colindante con el Gran Desierto.

Él no las había visto, pero Charles le dijo que jamás aparecían cuando alguien penetraba en Dunka; sólo se presentaba si algún colono intentaba hacer el camino a la inversa.

Alan estaba decidido a ir a New London.

Era verdad que Alan continuaba teniendo el oruga más rápido de todos los que había en el continente y que, llegada la ocasión, podría dejar atrás incluso a los de las mismas patrullas; pero la existencia de helicópteros y seguramente de aviones rápidos, podría resultarle adversa, ya que aquellos hombres estaban decididamente dispuestos a impedir que nadie, por el momento, regresase a la ciudad.

¡Pero él debía hacerlo!

Terminó la cena y encendió un cigarrillo, sentándose junto a la chimenea que alimentaba la pila atómica.

No supo jamás cuánto tiempo se quedó dormido en el sillón; la verdad fue que estuvo muy poco y que cuando llamaron a la puerta se despertó, sobresaltado, asombrándose a sí mismo por haber dejado que el sueño le ganase de aquella manara.

—¿Quién es? —inquirió, al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—¡Soy yo, señor Sanders! ¡Abra, por favor!

Era la voz de Diana y se precipitó el joven, haciendo que ella penetrase en el interior de la casa.

La muchacha, estaba pálida como el papel y sus manos temblaban aguadamente.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió él, sólo para romper el penoso silencio que se había hecho.

Diana, con los ojos desmesuradamente abiertos, no dejaba de mirarle; temblaban sus labios pero era visible que una tremenda dificultad le impedía hablar.

—Tome algo… —dijo él.

Casi tuvo que obligarle a hacerlo; pero cuando el ardiente líquido penetró en el esófago de la muchacha, los colores volvieron a sus

mejillas, al tiempo que las lágrimas asomaban a los ojos.

—¡Están torturando a mi padre!

Alan sintió que una especie de estremecimiento le recorría la espalda.

—¿Qué dice usted? —preguntó incapaz de creer lo que habla oído.

—Han venido en busca del uranio que papá guardó… se los ha entregado, pero ellos dicen que no está todo.

—¿Y lo está?

—Sí, papá no miente.

Puso su mano sobre el hombro de la asustada muchacha.

—Quédese aquí, Diana. Como si estuviese en su casa… Yo voy a echar una ojeada a la suya.

Echó mano a uno de los rifles que colgaban del muro y salió.

La noche era oscura como pocas veces en Marte. Nubes bajas y densas cubrían el cielo en el que, normalmente, la luz intensa de las estrellas o la reflejada por las dos lunas marcianas permitían una visión bastante clara después de la puesta del sol.

Apretó el rifle entre sus manos.

Se daba cuenta de que, mucho antes de lo que pensase, había llegado el momento de actuar, ya que no podía consentir en modo alguno, que se hiciese dañó al padre de Diana.

Estaba completamente convencido de que la muchacha había dicho la verdad y de que, por lo tanto, Charles había devuelto la totalidad del uranio que ocultó días antes; entonces, ¿a qué venía aquel afán de torturarlo? Ellos debían saber, por las anotaciones hechas en los contadores de trabajo de los robots, la cantidad exacta que el viejo había ocultado…

Apresuró el paso. Había elegido un camino latera1, no queriendo llegar, sin saber que había allí, a la parte anterior de la hermosa casa de los Verton. Por eso la abordó de lado, acercándose a las ventanas de la parte baja que estaban totalmente abiertas.

Se acercó con cuidado.

Ya antes de pegar su rostro a una de las esquinas de la ventana oyó unas voces cuyo timbre pareció reconocer; luego, al echar la primera ojeada, vio, de espaldas, a «Alligator» y a los otros dos de frente.

Pero no fue aquello lo que le hizo estremecerse.

Charles Verton estaba en el suelo, completamente inmóvil. Las manchas de sangre que desfiguraban su rostro indicaban claramente

que había muerto, ya que tenía la parte izquierda del cráneo completamente destrozada.

—¿No habréis sido tan estúpidos como para dejar escapar a la chica? —preguntó Fred, con voz colérica.

—Te repito que no estaba aquí cuando nosotros llegamos.

—¡Es imposible!

—Lo que quieras… Nos abrió el viejo y empezamos a «trabajarle» enseguida. Nosotros hubiésemos terminado con él en un momento, pero tú nos dijiste que había que disimular un poco, por si la muchacha estaba, haciendo ver que estábamos convencidos de que su padre nos engañaba y de que no nos devolvía todo el uranio ocultado.

Fred dijo:

—Eso está muy bien… pero esa muchacha no salió nunca de esta casa, Y menos por la noche.

Albert se encogió de hombros.

—No sé lo que decirte, Fred.

Hubo un corto silencio; luego, Albert preguntó:

—¿No se habrá ido a casa de ese tipo que llegó hace un par de semanas?

—¿Te refieres a aquel a quien destrozamos el material?

—Sí. Ahora recuerdo que se llama Sanders.

—¿Y qué quieres que haga allí?

La voz de Fred dejaba ver la cólera de unos celos que nacían brutalmente, de golpe y que enrojecieron su rostro.

—Puede que haya ido —dijo Philip— avisar a ese tipo; después de todo, aunque no estaba en esta habitación, pudo salir por la puerta trasera sin que nos diésemos cuenta.

—¡Eso es lo que vamos a comprobar ahora mismo!

Alan se retiró prestamente de su lugar de observación, confundiéndose con las sombras de la noche.

Una puerta, media docena de metros más allá de la ventana que él había utilizado, se abrió.

—¿Ves cómo la puerta está abierta, Fred? La chica salió corriendo a pedir, ayuda en cuanto vio que Philip abofeteaba a su padre.

—Creo que tenéis razón. Voy a ordenar a las patrullas que avancen hacia la casa de ese Imbécil. La rodearemos y, para que pague su estupidez, le haremos ingresar en la lista negra de Chass.

—¡Alto ahí, amigo! —exclamó Albert.

—¿Qué tripa se te ha roto?

—Yo no quiero «despachar» más que a los tipos que Chass ha dicho. Por otra parte, nadie me dará ni un centavo por quitar de en medio a ese Sanders.

Los ojos de «Alligator» brillaron como carbunclos.

—¿Y quién te ha dicho que debías ocuparte de ese tipo? ¿Crees que me da miedo matarlo? ¡Lo haré con muchísimo gusto! No hace falta que te canses por mí…

—Yo no he querido decir…

—¡Basta! Sacaréis a la muchacha para que na lo vea, y yo enviaré a los infiernos a ese entrometido. Voy a avisar a las patrullas.

Se descolgó una emisora portátil que llevaba en bandolera. La puso en marcha.

—¡Aquí, Fred! ¡¡Avanzad hacía la casa de la parcela 3247! No dejéis pasar a nadie… ¿Entendido?

—Bien. En marcha, pues.

Alan no esperó más.

Había ido retrocediendo con cuidado y cuando estuvo seguro de que los otros no podían oírle, salió, disparado, como una exhalación, deseando ganar la ventaja que consideraba, más que necesaria, vital.

Cuando penetró en su casa, vio que Diana estaba sentada en el mismo sitio en que la había dejado.

—¡Vamos, tenemos que huir!

—¿Huir? ¿Qué ha ocurrido?

—Ese «Alligator» viene por usted.

—¡Dios mío! ¿Y mi padre?

Sanders pensó que no tenía más remedio que decir la verdad.

—Lo han… matado.

Ella lanzó un agudo grito, llevándose la mano derecha a la boca.

—¡Dese prisa, por favor! Voy a coger algunas provisiones y armas… nos marcharemos con mi oruga.

—¿Dónde vamos?

—Hacia la selva. Es nuestra única salida. Han cerrado el paso hacia atrás… Son muchos y están bien organizados. ¡Por favor, señorita Diana, apresúrese!

—Le ayudaré.

Era una muchacha valiente, ya que sin dejar de llorar —las lágrimas corrían quedamente por sus mejillas—, ayudó al joven a cargar el

vehículo, en medio de una oscuridad completa.

—¡Coja los dos trajes antirradiación! —le ordenó él.

No tardaron más de cinco minutos en estar dispuestos y cuando ella se sentó a su lado, Alan exhaló un suspiro de satisfacción; luego, poniendo el motor en marcha, pero utilizando el silencioso doble de que el oruga iba dotado, avanzó hacia el sur, penetrando por el camino que llevaba a su parcela, momentos después.

* * *

Desviándose ligeramente hacia el norte, Fred y sus dos amigos avanzaron hacia la zona donde estaba situada la casa de Alan.

—Lo que nos conviene primero —dijo «Alligator» con tono convincente— es establecer contacto con las patrullas, ya que podían tomarnos como fugitivos.

—Es lo mejor.

No tardaron más de diez minutos en encontrar a los hombres que avanzaban, como Fred les había ordenado, hacia la casa.

Uno de los jefes de las patrullas se acercó a «Alligator».

—Todo va bien, jefe. Ya hay una vanguardia que ha rodeado la casa por entero.

—¿Cuántos hombres has traído?

—Sesenta. Los otros ochenta están más arriba, en uno de nuestros campamentos. Albert me dijo que teníamos que operar por allí.

—¿Y la vigilancia?

—Por el momento, y como tú dijiste, está completamente garantizada. Esperamos tus órdenes para dejar pasar libremente a todos los que huyan. ¿No era eso?

—Sí, pero tardaremos un par de días en poder dejarlos pasar: durante esos dos días, quiero que ni una mosca se acerque al Gran Desierto.

—Así se hará.

—Bien, vamos.

Avanzaron, y pronto se reunieron con los que ya habían cercado por completo la casa.

—No se ve nada —dijo uno de ellos—. Las luces están apagadas.

Fred se estremeció, cerrando los puños.

—Vamos a verlo.

El avance se hizo desde todas las partes a la vez, concentrándose los hombres alrededor de la casa. Fred, que fue el primero en llegar, empuñando una pistola, se percató de que la puerta estaba abierta.

Intuyendo algo, se precipitó rabiosamente en el interior, encendiendo las luces a medida que registraba la casa de un lado a otro.

—¡¡Se han escapado!! —rugió.

—No podrán estar muy lejos —dijo Philip.

—Es verdad —subrayó el jefe de la patrulla.

Pero Fred no los escuchaba.

Permaneció silencioso unos momentos; luego, con una sonrisa y ya más tranquilo dijo:

—Creo que podemos esperar hasta que se haga de día. No quiero que al disparar sobre ese tipo podamos herir a la chica. De todos modos se volvió hacia el jefe de patrulla —destaca un grupo hacia la derecha y otro hacia la izquierda, con orugas. No quiero que se nos vayan a colar en las casas de otros colonos, soliviantándolos.

—De acuerdo.

Durante toda la noche, Fred descansó apenas. Fumando cigarrillo tras cigarrillo, paseaba de un lado para otro, haciendo que algún hombre de las patrullas le sirviese una taza de café de vez en cuando.

Había llegado a la conclusión de que Alan y la muchacha se habían dirigido hacia la selva, metiéndose sin darse cuenta en un atolladero sin salida, ya que él, con equipos más potentes y utilizando el helicóptero, los descubriría antes de que se adentrasen demasiado.

Envió un vehículo a la base del Gran Desierto donde habían concentrado los aparatos voladores. Poco antes del alba, dos helicópteros, uno biplaza y otro de transporte, capaz para quince hombres, se posaban en las cercanías.

En cuanto el sol salió y Fred pudo comprobar, por las huellas del oruga de Sanders, que no se había equivocado y que los jóvenes habían tomado, realmente, el camino de la jungla, dio órdenes concretas:

—Voy a salir, solo, en el helicóptero pequeño Mantened contacto por radio conmigo. En cuanto los haya descubierto, subid al otro aparato y poneos los paracaídas. Los cazaremos como a un par de conejitos.

Cuando Fred se alejó, pilotando su aparato, Philip se acercó a Albert y con un gesto adusto confesó:

—Creo que voy a comunicar a Chass lo que ocurre.

El otro frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no lo comprendes? No podemos dejar que Chass no sepa esto. Fred abusa un poco del mando que el señor London le ha dado. ¿No te das cuenta de que ha movilizado a la mayor parte de las patrullas y que nosotros debíamos estar acabando con los tipos de la lista?

—Tienes razón.

—Si no le informamos, lo pasaremos mal. Ya le conoces.

—Sí, vamos a hacerlo ahora mismo.

No fue nada difícil establecer contacto con el edificio de la Corporation; momentos más tarde, la voz autoritaria de Chass sonaba en el altavoz:

—¿Qué demonios ocurre?

Philip hizo un relato detallado de lo que había ocurrido. Cuando terminó, miró a su compañero, como si desease saber si lo había hecho bien.

Albert tuvo para él un signo de asentimiento.

Pero la voz tonante de London rompió el silencio que se había hecho:

—¿Es que Fred se ha vuelto idiota? ¡La culpa es mía por concederle cosas que no debía tolerar! ¡Escucha, Philip!

—Diga, señor London.

—Toma el mando de las patrullas y continúa tu misión como si nada hubiera ocurrido. Coge la lista y termina de una vez con tu trabajo. ¿Está Albert contigo?

—Sí, está aquí, a mi lado.

—Bien…, poneos a trabajar ahora mismo y está noche, sin falta, comunicadme los resultados.

—¿Y si Fred vuelve?

—¡Decidle que se presente aquí inmediatamente! Si dejáis un solo hombre a su lado, os costará caro. ¡Las patrullas están a mis órdenes y no a las suyas! Decid a los del helicóptero grande que regresen ahora mismo a la base y que sigan vigilando el Gran Desierto como hasta ahora.

—De acuerdo, señor London.

Capítulo V

la intensa luz de los poderosos focos del oruga, la selva de Dunka apareció, de repente, ante los asombrados ojos de Diana.

Era aquella la primera vez que la visitaba, ya que su padre, a pesar de la insistencia con que se lo había pedido, no consintió jamás llevarla consigo.

El color verde de las plantas giraba hacia el gris acerado bajo la luz de los faros; pero, de todos modos, la impenetrabilidad de aquel mundo, la densidad de su fabulosa vegetación se aparecía como algo fantástico, creado como para dar la impresión de la miserable condición humana al lado de aquellos gigantes que vivían allí desde hacía millones de años.

Ninguna selva de la Tierra pedía tener un aspecto como aquél. Y lo que en Birmania o a las orillas del Amazonas había parecido al Hombre como algo monstruoso y grandioso a la vez, era aquí, centuplicado, la expresión de una fuerza vital que debía yacer en el humus radiactivo de la tierra marciana.

—¡Es asombroso! —No pudo por menos de exclamar la muchacha.

—Sí —repuso Alan—, ésa fue la misma conclusión a la que yo llegué la primera vez que entré aquí. Luego he comprendido que más que asombroso es anormal, monstruoso, enfermizo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ninguno de los seres vivos que palpitan en esta jungla tienen que ver nada con la vida normal que hubiera podido desarrollarse. Aquí, bajo el suelo, yacen cantidades fantásticas de uranio.

Y han sido estas sustancias las que han modificado el crecimiento y la íntima estructura de estas plantas, prestándoles el aspecto gigantesco y desmesurado que ofrecen. No son criaturas normales, señorita, sino seres deformes, como tumores tremendos y pustulosos.

Había seguido el camino de su parcela, pero no se detuvo allí y siguiendo una especie de sendero, donde el avance era relativamente sencillo, avanzó hasta que el oruga se negó a seguir, detenido por un muro de bejucos entrecruzados.

Frenó.

—Ya no podemos seguir más, señorita Verton.

—¡Llámeme Diana, por favor!

—Así lo haré.

—Bien. ¿Decía usted que no podíamos avanzar más?

—Sí, eso he dicho.

—¿Nos quedaremos aquí?

—Esta noche. Mañana montaremos los robots en la parte delantera del oruga y nos abriremos paso hacia el interior. Ha sido una suerte que hayamos traído los hombres —máquinas.

—¿Cree que habrán empezado la persecución?

—No lo sé, pero es muy posible que lo hayan, dejado para mañana. Por eso habremos de despertarnos temprano. Usted puede dormitar en la cabina de atrás, donde hay una cama. Yo me echaré aquí mismo.

—Voy a causarle muchas molestias, Alan.

El joven sonrió.

—No se preocupe. Lo que tenemos que hacer es escapar a esos tipos, sea como sea. No podemos permanecer en la selva indefinidamente. Mañana detallaremos la radiactividad del ambiente y nos pondremos los trajes especiales. Tendremos que envolver la comida en bolsas que llevo en la parte de atrás, Nuestro mayor enemigo es la radiactividad. ¡Ande, vaya a descansar!

—Buenas noches.

—Suenas noches.

Alan terminó de fumar un cigarrillo, dejando que su imaginación volase con entera libertad; pero pronto hubo de ceñirse a la triste realidad en que se encontraba, con la responsabilidad de la joven.

Apagó el cigarrillo y se recostó sobre el asiento de la cabina, cerrando los ojos.

* * *

Fred hizo que el aparato ganase altura, pero lo mantuvo en la línea que seguía el camino que conducía a la parcela de Sanders.

Un nerviosismo nuevo en él se había apoderado de su mente. Y se asombró al descubrir que toda aquella intranquilidad tenía su origen en Diana Verton.

¿Era posible que se hubiese enamorado?

Sonrió.

Bien sabía él que no se trataba de aquello. Durante mucho tiempo, mientras servía los intereses de Chass, había vivido la mayor parte de su existencia actual en las tierras de Dunka, más acá del Gran Desierto, peleando con los colonos, haciéndoles todas las trampas posibles para sacarles, por nada, la totalidad de las sustancias uraníferas que habían conseguido extraer de sus parcelas.

Había sido una vida dura, donde no hubo lugar para el ocio ni para la diversión. Ahora, cuando sabía que Chass, en el fondo, había obtenido buenos beneficios, sin contar los que, de una manera más limpia, iba a seguir logrando, consideraba que merecía un descanso.

Y recordando una de las propiedades que London poseía al norte de la ciudad, una verdadera maravilla, estaba convencido de que nada podría igualarse a unas semanas, las más posibles, en aquel paraíso junto a una muchacha como Diana.

Hubiera podido lograr otra entre las muchas que conocía en New London; pero ninguna de ellas se parecía a la hija de Verton y estaba dispuesto, costase lo que costara, a lograr lo que se había propuesto.

Desde arriba las huellas del oruga brillaban como carriles acerados y no le costó nada seguirlas, asombrándose al ver que no estaba en la parcela y que un nuevo camino se había abierto hacia el sur.

—¡Maldito puerco! —exclamó, rabioso—. ¡Se ha llevado los robots y los está empleando para alejarse!

No había considerado a su enemigo de aquella manera. Y frunció el entrecejo al darse cuenta de que aquel individuo no era tan tonto como lo conceptuara al principio.

Siguiendo el curso de la línea de verdura destrozada, continuó su avance, teniendo que detenerse a veces, ya que el paso del oruga había

hecho un túnel, cuyo interior era invisible desde arriba.

¡Por fin lo descubrió!

El vehículo proseguía su avance y los robots, que había acoplado al exterior del oruga eran perfectamente visibles. Sus potentes brazos, dotados del material adecuado, cortaban, serraban, arrancaban los obstáculos vegetales, permitiendo que el coche avanzase a una relativa velocidad.

Fred hizo que el aparato descendiese hasta que los ocupantes del oruga lo viesen. Y ocurrió lo que se imaginaba.

El vehículo se detuvo, con un brusco frenazo.

Sonrió.

—¿Creías escaparte, eh? —dijo, en voz alta, como, si el otro pudiese oírle—. ¡Pronto verás cómo las gasta «Alligator»!

Hizo que el aparato descendiese, deteniéndose a muy corta distancia del oruga; desde allí le fue posible ver el rostro del hombre y el de Diana, que, a través del parabrisas de plástico, seguían los movimientos del helicóptero.

Moviendo el incitador de frecuencias de su aparate, estableció contacto con el vehículo.

—¡«Hello»! —Lanzó alegremente, sonriendo con cinismo.

Y como no le contestasen gritó:

—¡Escuche, Sanders: es mejor que deje de hacer al tonto, antes de que me enfade! Dé media vuelta y regrese fuera de la selva, será la única manera de que olvide su intromisión en un asunto que no le interesa. Podrá seguir trabajando y lo dejaremos en paz.

»Si no lo hace, llamaré a las patrullas y dejaremos caer, alrededor de su oruga, un grupo de paracaidistas. ¿Me ha oído?

La voz de Alan no tardó en sonar en el altavoz?

—Algún día pagará todo lo que ha hecho, canalla… Estaba junto a la ventana cuando asesinaron vilmente al señor Verton. ¿Cree que su hija desea ver la cara de uno de los asesinos? ¡Baje si desea cogerme! O llame a sus asquerosos cómplices… Pero le advierto que, aunque termine cayendo, me llevaré a unos cuantos por delante. Tenemos armas y municiones en cantidad.

—¡Es usted un completo imbécil! Le ofrezco el perdón y…

—¿Qué clase de perdón? —cortó Alan—. ¿El que distéis al padre de Diana?

Fred enrojeció.

Aquella familiaridad en el trato desorbitó sus celos, haciéndole escupir toda clase, de injurias sobre el joven; luego, cortando la comunicación, llamó a los suyos.

Pero no obtuvo respuesta.

Durante un buen rato, mientras Sanders seguía el su camino, despreciándolo visiblemente, Fred, loco, de furor, llamó mil veces a sus hombres. Hasta que por pura casualidad, logró establecer comunicación! Con Albert, cuya frecuencia conocía.

—¡Aquí, Fred! —rugió—. ¿Qué diablos ha pasado? ¿Por qué no me contestan los muchachos del otro helicóptero? —Órdenes de Chass, amigo mío.

Notó un tono burlón en la voz de Cummings y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Luego, serenándose merced a un gran esfuerzo, preguntó:

—¿Qué ha dicho el jefe?

»—Que te presentes inmediatamente a él. Ha ordenado que los muchachos sigan con su trabajo y que el helicóptero regrese a su base. Eso es todo.

Hubo un corto silencio; luego «Alligator», con un tono de voz increíblemente feroz, gritó:

—Óyeme bien, Albert…: no sé quién ha sido el que ha dado el «chivatazo» a Chass…, aunque sólo dos personas pueden ser las sospechosas…: Philip o tú…, pero eso no importa, porque juro que alguna vez lo sabré. Y cuando conozca la identidad del traidor, no pararé hasta clavarle mis dientes en la garganta…, aunque sea la última cosa que haga en la vida.

Y cortó la comunicación con un golpe seco.

Miró después, con odio, al vehículo que se alejaba. Y escupiendo con rabia, puso rumbo al norte, decidido a llegar cuanto antes al despacho de Chass y hacerle ver que aquella cochinada no quedaría sin pagar.

* * *

Avanzaron, sin cesar, hasta unas cuarenta millas al interior de la jungla. Durante aquellos seis días, apenas tuvieron tiempo ni de cambiar impresiones. Alan estaba constantemente preocupado con la marcha del vehículo y el funcionamiento de los robots; Diana se ocupaba de la comida, del estudio de los datos del contador Geiger y del aparato de síntesis del agua, ya que no podían correr el riesgo, bebiendo la de los

arroyuelos que atravesaban, de caer enfermos por la radiactividad que aquélla pudiese contener.

El séptimo día llegaron a un calvero bastante amplío donde, por el momento, Alan creyó que podían tomarse un pequeño descanso.

—Camuflaremos el vehículo, aunque hemos abierto un túnel para llegar aquí, completamente invisible desde el aire.

—Fred no ha vuelto.

Él la sonrió.

—Es un fanfarrón como todos los individuos de su calaña: valientes ante los débiles e indefensos, pero cobardes ante quien les demuestra una voluntad de no ceder.

—Usted supo hacerle frente.

—¿Qué quería usted que hiciese? Me imaginaba que lo de los paracaídas era un «bluff» para amedrentarnos. Además si hubiera sido verdad, ya habríamos visto si las cosas se pasaban de manera tan sencilla como él decía.

Ella lanzó una mirada a su alrededor.

—La selva no deja de impresionarme.

—¿Tiene miedo?

—No sé… Lo cierto es que pensaba que nos encontraríamos con seres monstruosos. Cuando usted me explicó la acción de la radiactividad sobre la plantas, pensé muchas noches que íbamos a encontrar animales tan enormes como estos árboles.

—Por ahora no ha ocurrido nada de eso.

—¿Cree entonces que ocurrirá?

—No puedo asegurarlo; pero, de todos modos, no debemos preocuparnos por las cosas antes de que sucedan… Si uno de esos seres descomunales aparece, ya veremos. Aunque casi estoy seguro de que no hay animales en esta parte del planeta.

—¿Por qué no habría de haberlos?

—Porque, fuera de la vegetación, no se ha encontrado en Marte ni un vulgar insecto.

—¡Dios le oiga, Alan!

Establecieron el campamento allí y permanecieron tres días. Sanders hizo algunos sondajes, procurándose las sales de uranio necesarias para la pila atómica del oruga, que ya estaba medio agotada, ya que, además de suministrar energía al coche, había servido a los robots.

Cuando el joven se dio cuenta de que todas las reservas alimenticias

estaban casi agotadas, comprendió la seguridad que Fred tenía en cogerlos más o menos tarde, ya que se verían obligados a salir de la selva para alimentarse.

Así se lo dijo a Diana.

—He estudiado el mapa —le explicó— y creo que lo mejor que pedíamos hacer es dirigirnos hacia el norte.

—¿Salir de la selva?

—Sí. Iremos a parar a un lugar donde hay varias familias de colonos. Usted permanecerá en la linde, en el coche. Y yo me acercaré a las casas, para observar si hay algo anormal. Piense que no tienen hombres suficientes para vigilar toda la línea de los establecimientos de los colonos.

—¿Y creen que esa gente nos ayudará?

—¿Por qué no?

—Fred ha podido amenazarles si lo hacen. Nos estarán esperando por todas partes y les habrá ordenado se comuniquen con él en cuanto nos vean.

Sanders sonrió.

—Eso depende… No creo que todos los colonos tengan miedo. Recuerde el magnífico ejemplo de su padre. Si no hubiese estado usted con él, Chass habría encontrado la horma de su zapato… —Cerró los puños, con fuerza—. Aunque la encontrará.

Ella puso su mano sobre el hombro del agente.

—Haremos lo que usted diga, Alan. Sé que es usted un hombre bueno y tengo una completa confianza en sus decisiones.

Él la miró, prefiriendo ir hacia el vehículo, para prepararlo todo antes de que la muchacha notase la turbación que había experimentado.

Tenía que luchar contra aquella idea y se lo había propuesto. Ya sabía que iba a ser dificilísimo escapar del encanto que la muchacha ejercía sobre él; pero, antes que nada, debía recordar que ella no sabía quién era él y que, por otro lado, la misión que Callowan le había encomendado estaba primero y no podía distraerse en nada antes de haber obtenido un resultado apreciable y positivo.

Aquella misma tarde abandonaron el claro, dirigiéndose, tangencialmente, hacia el lugar que Alan había calculado como salida de la selva frente a una de los más numerosos grupos de colonos.

Observaban el cielo, cada vez que el camino estaba despejado, pero nunca vieron u oyeron nada que significase la presencia de algún aparato que les buscase.

Sanders estaba completamente seguro de que aquella tranquilidad era, en realidad, un engaño y que Fred no había olvidado a la muchacha así como así. Pero, por otra parte, se aferraba a la idea de que «Alligator» hubiese considerado que la cosa no merecía la pena. Aunque esta última manera de pensar no era otra cosa —y fuerza fue que lo reconociese— que el deseo íntimo de saber que Diana no corría ningún peligro.

Tardaron dos días y medio en llegar a la linde de la jungla. Y, como él había calculado, vieron mediante los gemelos un grupo de unas doce casas; uno de los pequeños poblados que iban agrupando a las familias de los colonos, recientemente llegadas de la Tierra.

Sanders detuvo el vehículo, dejándolo lo bastante oculto para que nadie lo viese desde el exterior.

—Bueno —dijo, cogiendo uno de los rifles—, voy a echar una ojeada.

Ella le miró con un brillo de súplica en los ojos.

—Tenga cuidado, Alan… ¡No sé lo que haría si no volviese usted!

—No ocurrirá nada; pero-Se puso serio —si alguna vez me ocurriese algo…

Se mordió los labios mientras ella agrandaba aún más los ojos.

—¿Qué iba usted a decir, Alan?

¡Muchas cosas!

Pero, de todas ellas, la única que no podía comprometerle fue la que dijo:

—Si me ocurriese algo, no se preocupe por nada y llame, en cuanto pueda, al 380 088 de Washington. No importa que la detengan o la encierren; espere a estar libre y llame a ese número: no dejarán que le ocurra nada malo. Puede hacerlo desde cualquier parte, por radioteléfono…

—Prefiero que no le ocurra nada.

—No tema. En seguida vuelvo.

Y se alejó, siguiendo una cañada, pensando en lo que empezaba a torturarle la idea de que ocurriese algo a aquella muchacha.

Avanzando por la vaguada, llegó muy cerca de la aglomeración de casas prefabricadas, cuyas paredes de aluminio estaban pintadas de diversos colores. Vio entonces, con toda claridad, que las gentes aquellas estaban cargando sus cosas en los orugas, con una prisa que parecía anormal.

Observó detalladamente, usando los prismáticos, sin ver a ningún

hombre que pareciese pertenecer a las patrullas de Fred. Había algunas mujeres y unos niños, recientemente llegados a Marte, ya que hasta hacía poco Diana había sido la única mujer de la línea.

La expresión de los rostros de aquellas pobres gentes reflejaba un pánico difícil de describir. De vez en cuando, en mitad de una acción cualquiera, se detenían, volviendo sus caras hacia la selva, con un sentimiento de pánico inexplicable para el joven agente.

¿Qué podía haber ocurrido?

Completamente convencido de que ningún secuaz de Chass rondaba por allí ni por los alrededores, Alan se decidió a salir a campo descubierto, avanzando hacia los colonos.

Éstos le miraron con indiferencia, sin interrumpir sus quehaceres. Hasta que Sanders se detuvo junto a uno de ellos.

—¿Por qué se van? —inquirió.

El otro le miró con una expresión tan clara que Alan leyó en aquellos ojos la seguridad de que el buen hombre le tomaba por loco.

—¿De dónde viene? —inquirió el colono.

—Del este. He pasado por la jungla.

El otro abrió los ojos como platos; luego preguntó:

—¿Y no lo ha visto?

—¿El qué?

—¡El monstruo! Ha matado ya a más de doscientos colonos y destrozado todo lo que encuentra a su paso… ¡Devora a las criaturas y destroza a las mujeres!

—¿Lo han visto ustedes?

—No, pero puede preguntar a los que huyeron de las parcelas del oeste. Ellos sí que lo han visto… y han dejado a cinco de los suyos entre las garras de la araña.

—¿Araña dice usted?

—Sí: es una araña gigantesca, de más de diez metros de altura. Y brillante como si fuera de plata. Todo el mundo está abandonando estas tierras. ¡Todos quieren irse del Continente Maldito!

Capítulo VI



O fueron demasiado explícitos, pero Alan comprendió que decían la verdad, sobre todo cuando oyó los relatos que los que habían visto al monstruo le hicieron de él.

No, no era ninguna fantasía y ahora se daba cuenta de que Diana tenía razón al afirmar que encontrarían alguna muestra de fauna que correspondiese al descomunal desarrollo de la flora.

Por un momento, calculando los pros y los contra, estuvo casi dispuesto a rogar a aquella gente que se llevasen a Diana con ellos; pero, pensándolo mejor e imaginando que las patrullas examinarían cada una de las caravanas que fuesen hacia el norte, llegó a la conclusión de que, por el momento, lo mejor era que la muchacha permaneciese junto a él.

Consiguió fácilmente más provisiones de las que creía necesitar, ya que los colonos, seguros de llegar a New London dos días después, no querían cargar con cosas que les embarazasen, prefiriendo llevarse el mineral recogido últimamente y por el que pensaban sacar buen dinero.

Después de despedirse de ellos, que le miraron como a un suicida, les vio alejarse y tras dejar los paquetes allí, en el suelo, retrocedió en busca de Diana y el oruga.

Le contó todo, procurando aminorar un poco la descripción de la «araña plateada» que le habían hecho. Ella no dijo nada y le ayudó a

cargar las provisiones.

Volvieron a la selva.

—Tenemos que pensar en algo definitivo —dijo el joven agente.

—¿Para qué?

—Para llegar a New London. Aquí no hacemos nada, puesto que todo esto va a quedarse vacío.

—¿Qué cree usted que hará Chass ante la nueva situación?

—No creo que se amilane por tan poco. Ese tipo no es hombre que vaya a asustarse por la presencia de una araña descomunal: enviará a sus hombres, armados hasta los dientes, para que acaben con ese monstruo; luego empezará el ciclo.

Ella asintió; después dijo:

—Sí, ya comprendo… Hombres como mi padre y usted, atraídos por la necesidad de hacer riqueza, vendrán de nuevo, para luchar y desesperarse sólo para llenar las cajas fuertes de Chass… ¡Si pudiésemos prevenir al mundo! ¡Si pudiéramos decirles la verdad, advertirles de este gigantesco engaño, decirles que no se dejasen embaucar…!

Había tanta fiebre en sus ojos que Alan no pudo evitar una sonrisa.

—Es usted magnífica, Diana. Y eso es lo que haremos, en cuanto lleguemos a la ciudad. No se preocupe: Chass y sus granujas no prevalecerán mucho tiempo.

Pero el problema era salir de allí.

Recorrieron parte de la línea, saliendo de vez en cuando de la jungla para encontrarse ante casas abandonadas, material tirado por el suelo. La misma desolación por todas partes, la misma sensación de huida, idéntica huella de pánico por doquier.

Alan estaba nervioso.

Sabía que había llegado el momento de intentar, al menos, llegar al Gran Desierto, confiando en cierto modo en que, después de aquel éxodo, se hubiesen alejado las patrullas de Fred «Alligator».

¿Qué estaría haciendo y pensando aquel tipo?

¿Habría olvidado a Diana o, por el contrario, esperaba tranquilamente el momento de apoderarse de ella y liquidarle a él?

Sanders cerró los puños.

¡Si al menos hubiera podido establecer contacta con Callowan!

Porque, en contra de lo que ambos habían pensado, la comunicación no había sido posible hasta entonces y, si bien era posible que el jefe de la SIP sospechase de que algo anormal ocurría, también podía imaginar

que él no había logrado nada positivo que comunicar…, por la sencilla razón de que nada extraño ocurría.

De todos modos, tenía que intentar salir de allí.

* * *

Chass se sirvió una nueva copa de «whisky», después de llenar hasta los bordes el vaso de Fred.

—¡Todo ha salido a pedir de boca, muchacho! Nos hemos deshecho de esa banda de colonos.

—Sí, todo ha salido bien.

London le miró a los ojos.

—¿Sigues pensando en ella…?

Fred dijo:

—Sí.

—Entonces ¿no es un capricho?

—¡Lo es! Pero además es algo así como una meta que me hubiera marcado —cerró los puños— y Siempre me ha ocurrido igual, señor… Cuando me propuse algo, lo logré. Y hasta que no lo conseguí no dormí tranquilo.

—Creo que exageras un poco. ¿No te estarás volviendo un poco nervioso, «Alligator»?

—¿Nervioso…, por qué?

—No sé…, por todo. Primero por lo de esa chica, que tomaste demasiado a pecho; luego, porque ha llegado a mis oídos que amenazaste a tus compañeros.

Brillaron los ojos de Fred como si un reguero de pólvora se hubiese encendido en sus pupilas.

—Ya sabe usted, señor, que nunca falto a mis juramentos. Soy italiano, a pesar de mi nombre americano…, pero, ya de pequeño, cuando iba a la escuela me llamaban «Alligator», por mis dientes puntiagudos, que luego muchos han confundido con aquella moda de los pilotos del espacio, me temían por eso: porque jamás dejé, un juramento sin cumplir… —Sonrió, mostrando sus dientes; luego continuó—: Y siempre juré lo mismo, señor London: clavar mis dientes en el cuello de aquel que cometiese el error de traicionarme.

A pesar de su sangre fría y de la costumbre que tenía de tratar con hombres de todas clases, London, al ver aquellos dientes y la expresión salvaje de Fred, no pudo evitar una sensación desagradable en la

espalda.

Y es que «Alligator» sólo había uno.

London bebió un nuevo sorbo y con voz tranquila lo apaciguó:

—No debes preocuparte… Ese loco que se la llevó estará agotando las provisiones y no tardará en salir de la jungla. Entonces le cogeremos fácilmente.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque hasta ahora ha demostrado ser muchísimo más listo que lo que pensábamos. La pila de su oruga debía haberse acabado hace muchos días y él sigue moviéndose.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he interrogado a los que huyen. Estuvo en el poblado siete, cuando los colonos se iban. Y éstos le dieron provisiones en cantidad. Además les dijo que había extraído uranio del suelo para alimentar su pila.

Chass frunció el entrecejo.

—Es un tipo listo, en verdad…

—Lo es. Y llevo mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza, queriéndome explicar muchas cosas sobre él. ¿De dónde salió, jefe? ¿Cómo fue que ha sido el único en traer su material de la Tierra? ¿Ha pensado usted en lo que cuesta el transporte de todo lo que trajo, oruga inclusive? ¿Cómo es posible que un tipo que disponga de tanto dinero venga a Marte para buscar, en Dunka, uranio como cualquier pordiosero?

London sonrió.

—¿Sabes que me estás diciendo unas cosas interesantes?

Fred no dijo nada. Y su jefe dijo:

—Lo que acabas de decir es muy importante, mucho más de lo que tú mismo te imaginas. Y como has hecho bien tu trabajo, dejando al profesor Kimball en su puesto, creo que mereces un pequeño permiso…; digamos de una semana. Durante ese tiempo puedes hacer todo lo que quieras…, para buscar a tu linda amada y traerme, vivo…, ¿entiendes?, a ese caballero andante que la acompaña.

Fred sonrió.

Aquello era precisamente lo que deseaba.

* * *

—¿Preparada ya, Diana?

La joven, con los ojos brillantes de entusiasmo, miró al agente.

—Ya estoy dispuesta. Como habrás podido darte cuenta, no soy tan mal conductora como creías.

—¡Desde luego! Jamás pensé que llegases a manejar el oruga en un tiempo tan corto. ¡Te felicito!

Rieron los dos.

Luego Alan, serio de nuevo, comunicó:

—Vamos a jugarnos el todo por el todo, pequeña. Durante la noche y sin luz, aprovechando la luz magnífica que Deimos y Fobos nos proporcionarán, llegaremos hasta el Gran Desierto. Iremos despacio, ya que la iluminación no será lo suficientemente intensa como para ver todos los obstáculos. Pero, con un poquito de suerte, llegaremos.

—Yo me ocuparé de la vigilancia. Por eso he hecho que aprendieses a manejar el vehículo. Así podré encargarme de la defensa, sí llegase el caso, sin tener que detener el coche, cosa que podría sernos fatal.

—¡Confía en mí!

—Ya lo sé…

Miró al Sol, que ya se estaba ocultando; luego, señalando el mapa, dijo:

—Tienes que seguir esa dirección, Diana, sin torcerte para nada. Se trata, como sabes, de un antiguo camino, abierto desde la llegada de los primeros pioneros, quizá de Dunker mismo, que constituye una especie de ruta muy buena, incluso para marchar a oscuras. Por eso lo he elegido.

—Yo ya estoy dispuesta.

La oscuridad empezaba a caer sobre Marte.

—¡Adelante entonces! —exclamó él.

Diana puso en marcha el vehículo, haciéndole arrancar con una suavidad extraordinaria. Las nueve marchas que poseía el oruga permitían una cantidad de variantes en el impulso, tanto hacia adelante como hacia atrás, prácticamente inagotables.

Manteniendo el vehículo a velocidad moderada, Diana lo hizo avanzar en medio de la oscuridad que siguió a la puesta del sol; pero, a los pocos minutos, casi al unísono, las dos lunas marcianas surgieron, una lejana y otra impresionantemente próxima, vertiendo su luz lechosa que daba a los objetos un aspecto incierto y fantasmagórico.

Diana aumentó la velocidad, procurando mantener el vehículo en el centro de aquel camino polvoriento y viejo en el que las cadenas se

hundían profundamente.

—¿Te cansas? —inquirió él.

—No.

Así continuaron, hora tras hora, sin concederse más que un pequeño descanso para tomar un poco de jugo de frutas.

—¿A qué distancia estamos del Gran Desierto? —Preguntó la joven.

—A unas ochenta millas.

—Bien.

De nuevo reanudaron la marcha y las horas pasaron, con una lentitud desesperante. Cuando, de repente, las cadenas del oruga produjeron el característico sonido al triturar la arena, los dos jóvenes se miraron, sonriéndose a la luz tenue que el «tablior» producía.

—¡Hemos llegado!

—Sí, Diana…, ahora sería inútil seguir. Faltan tres horas para el alba y las necesitamos para descansar un poco. Después, cuando amanezca, demostrarás que sabes correr con la misma precisión que has demostrado llevando el oruga esta noche.

—¡Y lo verás!

Y Diana se recostó en su asiento. Alan hizo lo mismo, con el fusil entre las manos…

* * *

Preocupado por el momento de despertar, Alan abrió los ojos justamente cuando el sol lanzaba su primera andanada de luz violácea sobre el Gran Desierto.

—¡Diana!

La muchacha abrió los ojos, sonriente; luego, sentándose, preguntó:

—¿Han pasado ya esas horas?

—Si —rio él—. Comprendo que te encuentres cansada aún, pero no hay más remedio.

—¿Y quién ha protestado, gruñón impertinente? ¡Sólo por eso no debía prepararte ahora una buena taza de café!

Pasó a la cabina y poco después volvía a salir con una taza de humeante y aromático café en cada mano.

—¡Toma esto, a ver si se te suaviza un poco el genio!

Bebió él un sorbo del reconfortante líquido y después dijo:

—Debes perdonarme, Diana, pero no puedo evitar el estar nervioso.

Sólo cuando hayamos atravesado este desierto me verás definitivamente tranquilo. —Miró, con tristeza al aparato de radio—. Si ese Chass no tuviese tanta influencia en New London, habría llamado a la policía hace muchísimo tiempo. Pero ya sabes que no conseguiría nada.

—Es verdad.

Terminaron de tomar el café y Diana, con un rostro voluntarioso, se puso al volante.

—¡A sus órdenes, comandante! —exclamó jovial.

—Bien… No olvides, pequeña, que, si algo se presenta, no podemos confiar más que en la velocidad, del oruga. Yo, por mi parte —y dio una palmada a la culata del rifle—, haré cuanto pueda por convencer a esos granujas que no deben acercarse demasiado.

—Comprendido…; ¿en marcha?

—Cuando quieras.

Rugió nuevamente el motor y el coche inició la marcha, aumentando de velocidad en pocos segundos. Vigilando la extensión enorme del desierto, Sanders echó una ojeada al velocímetro viendo que marcaba ya las ciento veinte millas.

Durante la primera media hora, nada ocurrió y el oruga avanzó, siempre a la misma velocidad, ya que no podía incrementarla por las dunas que jugaban un peligroso papel de badenes en el camino. Diana demostró haber sacado provecho de las lecciones que su joven amigo le había dado.

Conducía de una forma excelente y tenía los reflejos prontos, dando el golpe de volante justo en el momento preciso.

Fue un poco más tarde, el Sol asomaba, ya por entero sobre el horizonte, cuando el helicóptero apareció frente a ellos, viniendo del norte.

—¡Ya los tenemos ahí! —exclamó Alan, con rabia.

Diana palideció un tanto.

—¿Qué hacemos?

—¡Seguir!

Obedeció la joven y el oruga prosiguió su marcha.

Sanders vio que la silueta del aparato iba engrandeciéndose y poco después, demostrando que los había visto, puso rumbo hacia ellos, acortando la distancia que le separaba del vehículo a toda velocidad.

Corriendo la cubierta de plástico de su lado, Alan sacó el cañón de su rifle, pasando la palanca que haría que disparase por ráfagas. Junto a él y apostado en el asiento, estaba el fusil de balas explosivas.

El helicóptero se situó detrás de ellos, siguiéndoles unos minutos sin parecer querer hacer nada. Era indudable que el piloto estaba estudiando la situación y preparando un plan o avisando a sus compañeros.

Eso era lo que más preocupaba a Sanders.

Si aquel tipo, como era lógico, llamaba en ayuda a los de las patrullas de Chass, éstos saldrían al encuentro del oruga con sus vehículos que, aunque menos rápidos que el de los jóvenes, podrían interceptar su paso por muchísimos medios.

De repente, el helicóptero se adelantó, manteniéndose una treintena de metros delante del oruga.

Diana frunció el entrecejo.

—¿Qué intentará hacer? —inquirió.

—No lo sé —repuso Alan.

Todavía ganó más ventaja el aparato y, de repente, cuando se hallaba a unos cien metros del vehículo oruga, dejó caer unos objetos negros, que levantaron otras tantas nubes de polvo.

La verdad se hizo brutalmente en el cerebro de Sanders.

—¡Gira, Diana! ¡Son bombasí!

Capítulo VII


A muchacha obedeció y el oruga se inclinó peligrosamente haciendo que sus cadenas arrancasen trozos de arena al girar sobre la duna enorme por la que marchaba en aquel momento.

Las explosiones sacudieron el suelo.

—¡Quería matarnos! —exclamó ella, después de enderezar la marcha del vehículo.

—No —repuso Alan—. Lo que quiere es estropear las cadenas del oruga. Si lograse hacerlo, nos pararía y estaríamos a su merced.

De nuevo se acercaba el helicóptero y otra vez tuvieron que cambiar el rumbo, ahora de más de ciento ochenta grados, ya que el piloto había trazado una larga línea con sus bombas a explosión retardada.

En aquel preciso momento, dos helicópteros más aparecieron en el horizonte.

Un sudor frío cubrió la frente de Alan.

Se daba cuenta de que se había metido en un callejón sin salida. Y que si se empeñaba en seguir hacia el norte, terminaría con las cadenas destrozadas, el vehículo inmovilizado y esperando que sus enemigos llegasen para apoderarse de la muchacha con toda tranquilidad.

—¡Gira del todo, Diana!

—¿Eh? —Se asombró ella.

—¡Haz lo que te digo!

La muchacha obedeció y el vehículo describió una curva cerrada, apuntando con su morro metálico hacia el sur.

—¡Aprieta el acelerador!

El primero de los helicópteros fue también el primero en adelantarlos, lanzando otro grupo de bombas a una distancia mayor que antes.

—¡No gires!

Haciendo un poderoso esfuerzo, Sanders apuntó a la línea polvorienta que habían levantado las cargas, disparando una ráfaga que provocó la explosión instantánea de las granadas.

—¡Más aprisa, pequeña!

Los otros dos aparatos estaban ya encima y se adelantaron, dispuestos a regar el terreno de granadas, tirándolas mucho más cerca que lo que el otro había hecho.

Adivinando sus intenciones y desesperado ya, Alan disparó una larga ráfaga contra el aparato que estaba más cerca.

Una llamarada brotó del motor y el helicóptero se vino abajo, envuelto en llamas, estallando al chocar contra la arena del desierto.

El compañero se había alejado asustado por la explosión y no dejando caer por el momento más que tres o cuatro granadas que fueron a parar bastante lejos de la trayectoria que seguía el vehículo.

Sanders dejó el rifle en el suelo y se apoderó entonces del fusil.

—¡Para un segundo, Diana!

El frenazo fue brutal, pero Alan no perdió el tiempo. Y cuando apretó el gatillo tenía la seguridad de dar en el blanco.

Así fue.

La carga explosiva destrozó el rotor del aparato y éste se precipitó hacia el suelo como una masa inerte, deshaciéndose con el brutal choque que sufrió contra la arena del desierto.

El primer aparato se alejó más que aprisa y una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro del agente de la SIP.

—Sigue hacia la selva, pequeña.

Ella le miró, con asombro.

—¿Cómo? ¿Ahora que les hemos vencido?

—Sí. Es verdad que les hemos vencido, pero no lograríamos salir del desierto. ¿Quieres hacer el favor de mirar hacia atrás?

Lo hizo Diana, viendo unas polvaredas que crecían en el horizonte.

—¡Orugas!

—Sí. Ese canalla ha llamado a todas las fuerzas y jamás conseguiríamos atravesar la barrera que formarían para detenernos. Pero de todos modos vamos a dejarles un recuerdo.

—¿Un qué?

—Ahora lo verás. Marcha un poco hacia el oeste.

—Bien.

El vehículo trazó una línea vertical a la de su rumbo y Sanders, que había pasado a la parte posterior del oruga, lanzó unas cuantas cargas de la que se había servido, cuando llegó a Dunkan para perforar el terreno en busca de las vetas uraníferas.

—Ya no vamos a necesitarlas —dijo una vez recobrado el rumbo—. Y es casi seguro que alguno de esos granujas tropiece con una de ellas. ¡Adelante, Diana!

—Es una lástima que todos nuestros esfuerzos hayan resultados vanos.

Alan respondió:

—Ya lo sé; pero ¿qué le vamos a hacer? Más triste hubiera sido caer en manos de esos canallas. En la selva, por lo menos tenemos una ventaja que ellos no poseen: nuestro oruga es más rápido y conocemos ya muchos caminos… Además, esos «valientes» no se atreverán a entrar por miedo a encontrarse con la «araña brillante».

—¿Y si la encontramos nosotros?

—No pensemos en ello… aún, pequeña. Hasta ahora, queramoslo o no, la suerte no nos ha abandonado.

Quince minutos después llegó hasta ellos el doble estruendo de una explosión duplicada.

—¡Bravo! —exclamó él—. ¿Te das cuenta, Diana? Yo pensaba que sólo caería uno y han sido dos los vehículos que han saltado sobre las cargas que les dejamos como recuerdo.

Ella le miró de reojo, sin dejar de vigilar el camino.

Estaba orgullosa de él, ya que nunca imaginó poder conocer a un hombre que, como aquél, no conocía el miedo.

Pero… ¿era eso verdad?

* * *

—Eso es todo, señor Chass.

London asintió con la cabeza; luego, tras un largo silencio, dijo:

—La actitud de ese joven nos está demostrando que no se trata de

un hombre cualquiera. Y, para salir de dudas, cosa que lograremos muy pronto, he encargado a uno de mis hombres que realice una investigación a fondo.

«Alligator» enarcó las cejas.

—¿Sobre Sanders?

—Sí.

—¿Tiene usted alguna pista importante?

—Creo que sí. ¿Recuerdas el material que destruisteis?

—Sí.

—Lo mandé recoger por una de las patrullas y lo hice examinar por un grupo de especialistas. Encontraron así las marcas de las casas que lo habían fabricado. Y uno de mis hombres salió para la Tierra, con la misión de comunicarme quién había encargado ese material. Se ha llevado el suficiente dinero para hacer que las lenguas se desaten.

—Entiendo.

—De todos modos, hay que pensar en la manera de deshacerse de ese individuo, que ya empieza a molestarnos demasiado. Tu intento, aunque se tornó en fracaso, estaba bien dirigido…, si ese tipo hubiera sido un hombre cualquiera. Pero está visto que sabe lo que se hace y que ha denostado ciertas habilidades que no suele poseer un simple colono.

—¿Es un policía?

—No lo sé. También podía tratarse del enviado de alguna banda que hubiese estudiado la posibilidad de obligarnos a dejar esto.

—¡Pues están arreglados si sueñan tanto!

Chass sonrió.

—Desde luego, pero lo mejor es curarse en salud. ¿No han salido de la selva?

—No. Las patrullas se han acercado al límite y ninguna de ellas ha comunicado que el oruga asomase el morro por entre las lianas. Ese tipo sabe que su vehículo es mucho más rápido que los nuestros y confía en eso.

—Desde su punto de vista, tiene razón en hacerlo. Pero ahora vamos a ocuparnos de él de una manera especial.

—¿El profesor Kimball?

London amplió la cínica sonrisa de sus labios.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Era de suponer.

—¿Te parece bien?

—Sí, en principio…

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos decir al profesor que no haga daño a la muchacha.

—¿Sigues igual?

—Sí.

Chass se encogió de hombros.

—Está bien, muchacho… pero quiero que me escuches unos segundos.

—Los que usted quiera.

—Supongamos que enviamos al infierno a ese entrometido y que salvamos a la chica. ¿Crees que guardará celosamente el secreto de todo lo que ha visto y, lo que es aún peor, de todo lo que él le haya contado?

—Ya he pensado en ello.

—¡Hombre, eso está mejor! ¿Y cuál ha sido la conclusión a la que has llegado?

—A la misma que usted.

—¿Seguro?

—Seguro. Usted desea que esa chica no pueda decir palabra. ¿No es así?

—Evidente.

—Pues no debes temer nada. ¿Cuánto tiempo hace que no va usted a esa finca que llama «Pequeño Paraíso»?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque deseo que me conceda un mes de vacaciones en aquel lugar Llegaremos dos… pero uno solo saldrá de allí: yo. ¿Entiende ahora?

Chass no pudo evitar un estremecimiento.

Consideró siempre la crueldad de «Alligator» como algo patológico, como una anormalidad que habría nacido con él; pero nunca llegó a verla expresarse de aquella manera fría, sin que un solo músculo del rostro de Fred se moviese, como si la emoción no fuera conocida por aquel hombre.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo, después de una pausa.

—Le esperaba, señor. Ya ve que yo no quiero complicarle la vida, pero le dije un día que no puedo soportar el no alcanzar algo que me propongo. Su finca está apartada y nadie sabrá nada… excepto el árbol junto al que colocaré un poco de abono; y quizá, como dicen los poetas,

salgan flores hermosas sobre su tumba.

Otra vez se apoderó de London aquella sensación de turbación; pero dominándola, dijo:

—Bien, no hablemos más de eso. Voy a llamar a la centralilla para ver si han recibido alguna noticia de la Tierra; después quiero llamar al profesor.

Utilizó el visófono, pero con auriculares, ya que no deseaba que Fred se enterase de lo que le comunicaban. Después de apagar la pantalla, cuya imagen no había podido ver Fred debido a su posición, miró a éste, sonriente.

—Ya han llegado las noticias.

—¿Sí?

—Sí. Mi enviado ha cumplido al pie de la letra mis instrucciones y ha sabido hacer hablar a la gente.

—¿Qué le han dicho?

—Lo que me imaginaba. Ese Sanders encargó material especial y el oruga que lleva, por orden de Washington. El Consejo cometió el error de pagarlo todo directamente; pero no pueden engañarnos… ¡Alan Sanders es un agente de la SIP!

—¡Arrea!

—Lo que oyes. Vas a irte inmediatamente a la línea y encargarte de la vigilancia de las patrullas, que ahora llevan Philip y Albert. Yo llamaré al profesor.

—Perfecto. No olvide lo que le he dicho.

—Tengo una excelente memoria, Fred. Y me gusta complacer a los que me sirven. Adiós.

—¡Hasta la vista… y gracias!

Esperó Chass a quedarse solo y cuando lo estuvo, pulsó el botón del visófono al tiempo que ordenaba con voz seca:

—¡Con el profesor! ¡Inmediatamente!

—En seguida, señor.

Momentos más tarde, un rostro barbilampiño que sobremontaba una cabellera rebelde, apareció en la pantalla. Había en los finos labios una sonrisa cargada da crueldad.

—¿Qué hay, señor London?

—Escúcheme, Ernest: hay un vehículo en la selva, aproximadamente a la altura de las antiguas parcelas del grupo A-2087. ¿Recuerda el sitio en el plano?

—Perfectamente.

—Pues bien, me interesa la destrucción de ese vehículo y la muerte de sus ocupantes.

—¿Cuántos son?

—Dos: un hombre y una mujer.

El rostro de la pantalla parpadeó.

—¿Hay algún inconveniente… por lo de la mujer, profesor?

El otro soltó una carcajada.

—¿Inconveniente? ¡Ninguno, mí querido señor London!

—Perfecta. Póngase a trabajar ahora mismo y no olvide comunicarme los resultados en cuanto haya terminado la misión.

—Muy bien. Ya puede contar con esos resultados.

—No corra tanto. El hombre es un agente de la SIP.

—¿De verdad?

—Lo que oye.

El rostro del sabio se iluminó y un brillo insólito lució en sus pupilas grises.

—¡Es la mejor noticia que podía darme, amigo mío!

—Por eso lo he hecho.

—No fie preocupe; ahora, más que nunca, tomaré mi labor como algo personal. Puede dormir tranquilo.

—Eso espero… Adiós.

—¡Hasta muy pronto!

Desapareció la imagen e iba Chass a encender un cigarrillo cuando la imagen de la secretaria apareció en el visófono.

—¡El señor Carson le está llamando hace un rato, señor!

—Póngame con él.

El rostro que apareció en el rectángulo luminoso del visófono era el de un hombre pletórico, grueso, de labios que parecían hinchados y pequeños ojos porcinos en lo hondo de las bolsas grasosas que rodeaban sus párpados.

—¡Le he estado llamando quince minutos, Chass!

—Estaba ocupado, querido Walter.

—¡Bonita manera de tratar al gobernador! —rio el otro.

Chass respondió:

—Ya sabes que estoy siempre a tus órdenes. ¿Qué deseas?

—Darte una noticia nada buena.

Chass frunció el entrecejo.

—¿De qué se trata?

—Acaba de recibir una comunicación del Consejo: Donald Callowan, el jefe de la Space International Police va a llegar esta misma tarde.

—¿Y eso es una mala noticia? ¿Por qué habla de serlo, mi querido gobernador?

—Es un hombre muy peligroso.

—Lo comprendo. Pero nosotros no tenemos nada que temer. Le recibiremos como merece y procura invitarme a la cena que daremos en su honor.

—Eso pensaba hacer.

—Perfecto. Y no te preocupes, por favor… Teniéndolo a nuestro lado, será la manera más estupenda de vigilarlo. Además, si desea visitar la Línea, será para nosotros un gran honor el acompañarle.

—Como quieras; pero no olvides que te he prevenido. Yo, por mi parte, no las tengo todas conmigo.

—Haces mal. Ya verás cómo nos ganamos a ese hombre. Y cuando marche a la Tierra, se llevará una, impresión maravillosa de todo esto.

* * *

La noche ponía sobre la selva el manto de negrura acostumbrado. Poco después, Deimos y Fobos lucían en el cielo, llenando de sombras fantásticas aquel mundo de verdura.

Diana emitió un profundo suspiro.

—¿Te ocurre algo? —inquirió Alan.

—No. Ni siquiera tengo sueño.

—¡Pobrecilla! Ya comprendo que deseas volver a la civilización, vestirte como todas las mujeres y vivir tranquila.

—Te equivocas, Alan. Justamente, lo que temo es volver.

—¿Por qué?

—¿Y aún rae lo preguntas? ¿Qué quieres que haga yo cuando regrese? He perdido a mi padre y con él todo lo que podía significar algo positivo para el futuro. Podré ponerme a trabajar, pero lo pasaré muy mal.

—No te entiendo.

Ella sonrió tristemente.

—No puedes entenderlo, Alan. Los hombres no suelen sentir la soledad como nosotras…

Sintió él algo que le hería dentro.

Hasta entonces, merced a un esfuerzo de voluntad tremendo, había conseguido enterrar sus propios sentimientos, ocultando lo que sentía por aquella deliciosa muchacha.

Turbado, apretó el botón de la radio, dejando que la música de New London llegase hasta ellos.

Era como una imperiosa llamada de la civilización, un grito que les dijese algo de lo que una vida normal podía prometerles.

—Diana…

—¿Qué quieres?

—¿Crees que te dejaría vivir sola? ¿Es que no te has dado cuenta de que…?

Ella le miró, con sus hermosos ojos abiertos; luego:

—Sí que lo he notado, Alan.

Se besaron.

Y fue en aquel preciso instante, como si el destino quisiera reírse de ellos, que la música de New London se interrumpió, oyéndose la voz del locutor:

—«¡Una importante noticia, señoras y señores En estos momentos, en el palacio del gobernador, se está ofreciendo una cena al señor Callowan, el famoso y prestigioso jefe de la SIP. Además del gobernador y sentado a la izquierda de nuestro ilustre visitante, se halla el señor Chass London, el hombre que, con su entusiasmo y magnanimidad, ha hecho posible la colonización de Dunka y el progreso de la colonia marciana, que le respeta y quiere, demostrándole un agradecimiento y una confianza sin límites…».

Capítulo VIII

S inaudito!

Ella, aún en sus brazos, le miró.

—Ese Callowan es el jefe de la SIP. ¿No es así?

—¡Sí! ¡Y mi jefe al mismo tiempo!

Ella abrió la boca, de una manera que le hizo sonreír.

—No podía decírtelo antes, querida.

—No es por eso por lo que me asombro, Alan; pero debí haberlo imaginado antes. ¡Tú no podías ser un colono cualquiera!

Alan preguntó:

—¿Me guardas rencor?

—¿Por qué, tontuelo? Sabía que había algo en ti que me empujaba a sentirme completamente tranquila, llena de confianza, como si fueras uno de esos héroes mitológicos que tanto me gustaban cuando estudiaba en los textos antiguos…

—No exageres, Diana: soy un mortal como lo demás.

—Es posible; pero, a los ojos de una mujer enamorada, un hombre puede convertirse en muchísimas cosas.

Hubo una pausa; luego él dijo:

—Lo que me pone frenético es que Callowan hay caído en el cepo de esa manera estúpida.

—¿Por qué lo supones?

—No sé. Por un lado, sé que Donald es un hombre al que no se puede engañar así como así. Y si ha venido a Marte es para enterarse dónde demonios estoy. Pero los otros son demasiado astutos para darle la menor pista. Además, ¿cómo iba a encontrarnos en esta selva?

Se mordió los labios.

Luego dijo:

—Sólo hay una manera de hacerle comprender que sigo con vida.

—¿Es que crees que te tomará por muerto?

—Ellos se encargarán de dorarle la píldora… ¡Para eso está la araña! Le dirán que morí, como un héroe. Y ya comprenderás que no hay nadie que sea capaz de buscar los restos de un hombre en las tripas de un monstruo como ése.

—Sí, ya entiendo.

—Por eso no hay más que una manera de hacer saber a Callowan que sigo vivo y que necesito su ayuda.

—¿Cuál?

—La más sencilla: ¡pasar al ataque!

—¿Repetir nuestra escapada?

—No. Ya tenemos bastante con una lección: además, esos tipos, ahora que Callowan está en New London, establecerán una vigilancia estrechísima para impedir que salgamos de la Línea.

—¿Entonces?

—¡Atacaremos! Saldremos de la selva por donde menos lo piensen y volaremos las instalaciones de todas las parcelas, disparando contra todo lo que veamos. Por suerte, amor mío, tenemos muchísimas municiones. Y mañana mismo empezaremos.

—Haré lo que tú quieras.

Le acarició los cabellos.

—No temas, querida… Significas demasiado para mí para que te exponga inútilmente; pero, al mismo tiempo, no puedo consentir que te pudras en esta maldita selva… ¡Hay que hacer algo y lo haremos! Cualquier cosa para que Callowan sepa que estamos aquí. Cuando se entere, podremos estar seguros de que no parará hasta sacarnos de este callejón sin salida.

* * *

Hacía muchísimo tiempo que Callowan no había estado en una fiesta

como aquélla. Y de lo que recordaba de otras anteriores, no había nada que pudiese igualarse al derroche de lujo que se había hecho allí.

Ya le dijo algo el gobernador antes de entrar en el comedor:

—No vaya usted a creer, señor Callowan, que todo esto significa que el gobierno de Marte nade en oro. Si no hubiese sido por el señor London, jamás hubiésemos podido montar este magnífico escenario.

»Y eso es lo que es, en el fondo —pensó Donald—: un escenario, todo bambalinas… Pero ¿qué habrá detrás, entre bastidores?

La comida transcurrió alegremente. Y sólo al final, después de los discursos y de las entrevistas concedidas a los reporteros, pudieron los tres personajes encerrarse en un salón donde, ante una mesa repleta de habanos y licores, se dejaron caer en comodísimos sillones.

—¿Un whisky? —preguntó el gobernador.

—Con mucho gusto.

—¿Y un habano? —inquirió a su vez Chass.

Callowan sonrió.

—Muchas gracias, amigo mío; pero no puedo fumar más que cigarrillos.

—¿Es que no le gustan los cigarros puros?

—¡Con delirio!

—¿Entonces? —se extrañó Chass.

Recostándose en el sillón y después de encender; un cigarrillo, Callowan con voz lenta dijo:

—Es una vieja costumbre, un extraño rito, si quieren ustedes llamarlo así. Mientras no tengo entre manos un asunto importante, fumo habanos cada día; pero, desde que aparece un problema, me castigo a mí mismo no fumando ninguno hasta haberlo resuelto. Mis muchachos ya conocen esta costumbre mía y al puro que fumo después de solucionar algo lo llaman «el habano del triunfo». Y tienen razón.

—Eso quiere decir —intervino Chass con una sonrisa— que tiene usted un asunto entre manos.

—¿Y cuándo no lo tengo?

—Pero —insistió el gobernador—, el hecho de que no pueda fumar habanos quiere decir que éste de ahora es importante.

Callowan entornó los ojos.

—Sí. Y puedo hablar de él, ya que he venido aquí para resolverlo. Ustedes, hombres influyentes, importantes y que están del lado de la Ley, podrán, sin duda alguna, serme de una ayuda positiva.

—Puede contar con nosotros.

—Lo esperaba.

Y después de una pausa continuó:

—Hace un par de años, un hombre peligroso e inteligente al mismo tiempo robó unos planos importantísimos de la Central de Investigaciones Cibernéticas. Se trataba de algo muy complejo y de lo que no me han podido dar detalles concretos. Pero eso no le quita ninguna importancia. El ladrón desapareció y, para nuestra desgracia, tuvo tiempo sobrado para hacerlo, ya que el hurto se descubrió tres semanas más tarde. La Spacial International Police ha trabajado duramente en este asunto y hemos llegado a la conclusión de que ese hombre está en Marte.

—¿Aquí?

—Sí. Naturalmente —y Callowan sonrió—, estará oculto y no se habrá hecho visible en parte alguna. Y eso es precisamente lo que no se explica. Porque ese hombre era un ambicioso y habrá intentado, como sea, vender los planos que se llevó o aplicarlos a una industria fuera de la Ley.

—¿Quién es ese hombre?

—El profesor Ernest Kimball. Pertenecía al Centro de Investigaciones Cibernéticas y era un hombre de confianza en ella. ¿Han oído hablar de él?

—Yo no —repuso el gobernador—. ¿Y usted, Chass?

—Tampoco. Pero podemos ayudarle a encontrarlo. ¿De verdad que es Importante su captura?

—¡Naturalmente!

—Cuente con nosotros. —Chass sonrió amable—. Poseo buena organización comercial y no creo que no vaya a servirme para resolver la papeleta. Para mí, señor Callowan, sería un gran honor poder ayudarle.

—No sabe cuánto se lo agradeceré.

Y después de un corto silencio preguntó:

—¿Cómo van los asuntos de la colonización? Oí algunas cosas en las emisiones de televisión, en la astronave, cuando me acercaba a Marte.

Chass miró al gobernador, pero no fue más que un gesto rapidísimo.

—¿Y qué ha oído usted, señor Callowan? —inquirió Walter.

—Se hablaba de que los colonos habían huido, despavoridos, de la zona de trabajo. Pero no se especificó el motivo.

Chass emitió un suspiro.

—¡Ha sido espantoso, amigo mío? ¡Con todos los desvelos que hemos tenido para hacer de la colonia en Dunkan algo perfecto!

—¿Y qué ha ocurrido?

—Un ser monstruoso, una especie de araña, según dicen, que mató muchos colonos y destrozó las instalaciones de la línea. Fue una verdadera catástrofe, se lo aseguro.

—Ya entiendo.

—Actualmente, doscientos hombres, armados hasta los dientes, buscan a ese espantoso monstruo para darle su merecido.

—¿Y lo lograrán?

—Con toda seguridad. El único problema es el de la extensión de esa endiablada selva y su complicado sistema de caminos, la mayor parte de los cuales nos es completamente desconocido.

—Comprendo. Pero es necesario que esa bestia sea muerta, si es sólo una.

—No se ha visto más que una.

—Entonces será más fácil. Haga lo que pueda, señor London. Y si necesita ayuda, dígamelo. El Consejo puede enviar fuerzas para dar una batida, si fuese necesario.

—No creo que tengamos que molestar al Consejo; pero, si así fuese, no dudaría en comunicárselo, Donald se puso en pie.

—Les quedo profundamente agradecido por todas las atenciones que han tenido para conmigo. Quiero descansar un poco, ya que mañana daré una vuelta por ahí.

—¿Ha venido usted solo?

—No. He traído a dos hombres conmigo. No olvide, señor London, que, si sabe algo de ese granuja de Kimball, debe comunicármelo.

—Pierda cuidado. Lo encontraremos, aunque tenga que examinar todo el territorio y toda la ciudad.

—Muchas gracias.

Le acompañaron hasta la puerta.

Carson estaba un poco pálido, cuando regresaron.

—¿Te has dado cuenta, Chass? —inquirió con voz turbada.

—¿De qué?

—¡Siempre te dije que era peligroso ayudar a ese maldito profesor! Desde que ese tipo llegó a Marte, tuve la impresión de que no nos iba a producir más que disgustos.

—¿Disgustos? —La voz de Chass vibraba de cólera—. ¡Pobre imbécil! ¿Olvidas lo que podemos ganar gracias a él?

—¿Olvidas tú a Callowan?

—Yo no olvido a nadie. Porque pienso satisfacer a nuestro amigo, el jefe de la SIP.

—¿Cómo?

—Entregándole a Kimball, Carson preguntó:

—¿Te has vuelto loco?

—No. Le entregaré… el cadáver de Kimball, naturalmente. Además, quiero que Donald se fume, ese famoso «habano del triunfo». Incluso se lo ofreceré yo. Y saldrá ganando, ya que no tendré que pagar a ese profesor que, a pesar de habernos ayudado, pide demasiado.

El gobernador sonrió.

—¡Eres genial!

—Soy un hombre práctico. Y, cuando puedo matar dos pájaros del mismo tiro, no pierdo el tiempo en pensarle.

* * *

Conduciendo locamente el oruga, «Alligator» frenó, brutalmente, junto a la antigua casa de los colonos.

Philip y Albert se adelantaron para recibirle?

De un ágil salto, Fred salió del vehículo y fue al encuentro de los otras dos.

—¿Qué ha pasado?

—Ha atacado otra vez.

—¿Aquí?

—Sí. Es el quinto ataque en dos días.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Lo de siempre. Ha destrozado todas las inhalaciones de las parcelas, machacado los robots, estropeando las purificadoras. Además ha matado a cinco hombres.

—¡Ese hombre es un demonio! —exclamó Albert.

—¡Y vosotros un par de imbéciles! Ese tipo es un agente de la SIP.

—¿Eh?

—¿Tanto os asusta? ¿Es que esos agentes tienen media docena de brazos? ¿O son más que nosotros?

Hubo un silencio; luego Fred dijo con voz sonante:

—¡Hay que impedir que vuelva a atacar! Hasta ahora, no hemos dicho nada a Chass, pero en cuanto lo sepa, si no hemos logrado eliminarlo, vamos a pasarlo bastante mal.

Un nuevo silencio se instaló entre ellos.

Albert lo rompió, momentos después.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Muy sencillo. Quiero ver si tenéis algo más que aire en las tripas. Esta noche saldremos los tres y nos internaremos en la selva con un vehículo adecuado.

—¿Y qué?

—¡Que no pararemos hasta encontrar el oruga de ese tipo! No hace falta que le ataquemos… Con destruir el coche tenemos bastante. Luego el profesor se encargará de él.

Albert y su amigo se dieron cuenta de que no eran ellos solos quienes temían al valiente agente de la SIP.

Fred también le temía.

Porque, de lo contrario, hubiese aprovechado el acercarse al oruga de Alan para atacar al joven y acabar con él. Pero hasta el momento, Sanders había demostrado poseer una puntería excepcional.

Por algo huyó «Alligator» con su helicóptero, al darse cuenta de lo que les pasaba a los otros dos compañeros.

Durante todo el día, apenas si hablaron de nada más. Pero, al llegar la noche, Fred, que había elegido el vehículo más pequeño para poder deslizarse con facilidad por la selva, se volvió a Albert.

—Trae unas cargas.

Cummings obedeció y momentos después se ponían en marcha.

«Alligator» había adaptado unas placas de plástico a los focos, de manera que no produjesen más que la luz necesaria para marchar sin tropezar con los troncos de los árboles.

Se pusieron en marcha.

Gracias a lo minúsculo del vehículo, pudieron avanzar con una cierta facilidad, siguiendo los caminos que el oruga de Alan había abierto, gracias a la colaboración de los robots, aplicados a la parte delantera del coche.

Durante gran parte de la noche, incansablemente, recorrieron aquella parte de la selva; hasta que, de repente, al estar detenidos, para orientarse, llegó hasta ellos el claro sonido de una emisora que estaba radiando un programa musical.

—¡Ahí están! —rugió ferozmente Fred.

El sonido del receptor era claramente audible desde donde los tres hombres estaban. Haciendo un gesto a los otros, «Alligator» avanzó, silenciosamente, abriéndose paso por entre las lianas, de moda a no ser descubierto por los ocupantes del oruga.

Llegó lo suficientemente cerca para ver a Alan que tenía cogida por la cintura a Diana.

Una especie de llamarada le quemó el pecho.

Estuvo a punto de echarse el rifle a la cara y disparar contra los dos; pero, en el fondo, deseaba más que nunca pasar aquel mes en la finca maravillosa de Chass.

Y sonrió, mostrando sus puntiagudos dientes.

Retrocedió y una vez que estuvo junto a los otros dijo:

—Es sumamente fácil. Coged las cargas y poned una en la cadena de atrás, en la motriz. Ese imbécil no podrá arreglar nada. Luego avisaremos al profesor.

—¿Crees que no se dará cuenta de que nos acercamos?

—¡No tengas tanto miedo, Albert! He estado tan cerca de esos dos tórtolos que hubiese podido cortarles el cuello sin que se diesen cuenta.

Capítulo IX

QUELLA mañana, después de haber destrozado nuevas instalaciones y matado a unos cuantos enemigos más, el oruga de Alan, conducido como siempre por Diana, volvió a internarse, más profundamente que nunca, en la selva.

Sanders estaba radiante.

—¡Eso es formidable, amor mío! Ya verás como no tardan mucho en darse cuenta de que les estamos hundiendo su flamante negocio. Y esta situación llegará a los oídos de Donald.

—¡Ojalá sea así!

—No lo dudes. Callowan, en cuanto sepa lo que ocurre, y ellos no podrán ocultarlo por más tiempo, sabrá que soy yo quien está llamando la atención de este modo. Y vendrá a buscarnos.

—¡Tengo unas ganas!

Alan la miró y se echó a reír.

—¿Tanta gracia te hago? —inquirió ella con una graciosa mueca de falso enfado.

—¡Muchísima! Si te vieses en un espejo…

—¡No hables de eso, por favor! Ya sé que estoy horrible, que tengo el aspecto de una bruja, que debo producir repugnancia…

—¡Alto ahí, jovencita! Ahora eres tú la que exagera. ¿Repugnancia? ¿Es que estás ciega?

Diana no dijo nada. Él sonrió:

—Lo que estoy pensando constantemente es que no voy a conocerte cuando estemos lejos de aquí. ¡Dios santo qué bonita vas a estar! Todo el mundo me mirará con envidia y yo sonreiré, orgulloso…

—… Como un pavo real, ¿no?

—¡No! Como el hombre más dichoso del mundo.

—¿Vamos a pasar mucho tiempo en este lugar?

—Sólo la noche. Hemos hecho bien de llegar hasta aquí. Porque ya puedes imaginarte la rabia que tendrán esos tipos, cuando se hayan dado cuenta de todo lo que les hemos hecho.

—¡Se lo merecen!

—Claro que sí.

Ella sonrió, dichosa como nunca lo había sido.

—¿Y si te preparase la comida?

—Creo que harías muy bien.

Mientras comían charlaron de mil cosas, haciendo proyectos, imaginándose lo que podría ser su vida cuando saliesen de allí.

Pasó la tarde y Diana se echó un poco. Alan, sentado sobre el vehículo, vio el sol que se iba acercando al oeste. Encendió un cigarrillo y se puso a pensar en los planes que se proponía llevar a cabo el día siguiente.

«Daré otro golpe —se dijo—. No conviene parar ni un solo minuto. Hemos de hacer que esos canallas se den cuenta de que no estamos dispuestos a darles cuartel… Ahora que no hay colonos, podemos atacar fríamente, sin miedo a herir a inocentes…».

Fue entonces cuando un rumor le hizo sobresaltarse.

Miró a su alrededor.

No veía nada.

Las sombras de la noche iban ganando posiciones poco a poco, desalojando la luz de los rincones donde, ésta se había ocultado.

Y el rumor crecía.

Era como si algo avanzase libremente, doblegando cuanto encontraba a su paso. Se oían los chasquidos de las ramas tronchadas y el latigazo de las lianas, que saltaban como cintas de goma en tensión.

¿Qué podía ser aquello?

No tardó en comprobar que no se había equivocado al temer lo peor. Porque a la luz indecisa del atardecer, que ya moría, vio salir de entre los árboles una pata monstruosa y brillante, a la que siguió una especie

de monstruosa cabeza.

¡La araña!

Nunca había sentido miedo y siempre supo vencer las impresiones de lo que, como extraño, había conocido en su agitada vida de agente. Pero en aquella ocasión no pudo por menos de notar que el cabello se le erizaba y que un sudor frío le corría por la espalda.

—¡¡Diana!!

No sabía qué hacer y los músculos lo desobedecían. Tuvo que luchar contra el pánico que le paralizaba, aunque comprendió que los tremendos ojos verdosos de la araña estaban ejerciendo sobre él una potente acción hipnótica.

Diana, que salía en aquel momento de la parte posterior del vehículo, abrió la boca, no pudiendo, no obstante, emitir sonido alguno. Tal era el terror qué experimentó.

Por fortuna, Alan había logrado librarse parcialmente del influjo maléfico que ejercían sobre él aquellos ojos verdes y luminosos.

El monstruo, por su parte, proseguía su avance y estaba claro que había visto el vehículo y a sus ocupantes. Sanders recordó lo que había oído decir a los colonos y un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—¡Pon el coche en marcha, querida! ¡Rápido!

Diana tuvo también que luchar contra aquella desesperante modorra que le invadía. Dejándose caer en el interior de la cabina, pulsó el demarré, oyendo el zumbido de la pila atómica y del motor.

—¡Aprisa! ¡Marcha atrás!

Alan había cogido el fusil de proyectiles explosivos e hizo fuego cuando una de las monstruosas patas se dirigía directamente sobre ellos. El proyectil explotó sobre la peluda extremidad, deteniéndola un instante. Pero el joven se dio cuenta de que no había hecho apenas mella en ella.

Entretanto Diana había conseguido meter la marcha y el vehículo retrocedió de golpe.

¡Ya era hora!

La pata cayó sobre el suelo, abriendo un foso en la tierra, como si su peso colosal fuese capaz de aplastar el coche con toda facilidad.

—¡Aprisa!

Jamás había conducido Diana de aquella manera. Y, unido a su pericia, el miedo prestó alas a sus reflejos, logrando alejarse de aquella zona a una velocidad tremenda.

No pararon hasta que comprendieron que estaban a salvo.

Al detenerse, ambos exhalaron un suspiro profundo.

—¡Qué espantoso! —exclamó ella.

—Sí, amor mío. Hasta hoy no he sabido lo que era el miedo… ¡Aquellos ojos!

—¡No sigas, por favor!

—Lo que no comprendo es la resistencia a los disparos del fusil. Es indudable que ese monstruo ha de tener una piel dura como el mejor de los aceros.

—No podemos seguir aquí, Alan.

—Tienes razón, cariño. Ahora más que nunca, nos encontramos en un callejón sin salida. Tenemos que escapar de esta maldita selva, antes de que esa bestia nos encuentre de nuevo; pero, por el momento, haremos guardia, turnándonos. Ya sabemos qué hace mucho ruido al abrirse paso por la jungla.

Ella no dijo nada; pero, acercándose al hombro, se pegó a él, como si se sintiese protegida solamente así.

Él puso el brazo por su cintura, atrayéndola hacia sí.

—No temas… esa bestia ha quedado lejos. Nos iremos, Diana, aunque tengamos que abrirnos paso a tiros.

Estuvieron un rato así; luego, él, deseando tranquilizar más aún a la muchacha, pulsó el botón de la radio, dejando que una melodía les envolviese dulcemente.

Ella reposó la cabeza sobre el hombro de Sanders.

Y, bruscamente, como si aquella noche llena de sorpresas desagradables no estuviese dispuesta a terminar aún, una explosión horrible sacudió el vehículo, como si una mina hubiese estallado en la parte trasera.

Desasiéndose de Diana, Alan dio un salto y echó mano al rifle. Volviéndose rápidamente, de pie sobre la estructura metálica del oruga, Sanders logró ver las dos siluetas que huían en la oscuridad, paliada ahora por el incendio producido en la parte trasera del coche.

Apretó el gatillo.

Certeras, las ráfagas estallaron y el agente vio que las dos siluetas se truncaban, como segadas por una invisible guadaña, desplomándose pesadamente en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Espera, Diana.

Saltó, corriendo hacia los caídos, con el dedo en el gatillo, dispuesto

a vomitar más plomo aún.

Pero no había nadie más.

Acribillados a balazos, Philip y Albert yacían muertos en el suelo.

Alan volvió junto a su oruga.

No le costó mucho darse cuenta de que la cadena motriz estaba completamente destrozada. Ahora se percataba de que había confiado demasiado y de que, por su culpa, se encontraban ahora en una posición más difícil que nunca.

La muchacha fue a su lado, mirando los destrozos.

—Estamos perdidos —dijo con un suspiro.

Él puso su mano izquierda sobre el hombro de Diana.

—Nos hemos confiado demasiado, cariño. Siempre ocurre igual; pero, de todos modos, no te preocupes. Saldremos de aquí, sea como sea.

Eran palabras, palabras. Y ella se dio cuenta de que le estaban directamente dirigidas, para paliar un poco la desesperación que iba, inexorablemente, filtrándose por los resquicios de su alma.

* * *

Fred penetró en el despacho de Chass. Éste, ocupado con unos papeles, tardó un par de minutos en levantar la cabeza.

—¿Qué hay? —inquirió.

—Creo que han terminado nuestras preocupaciones, señor.

—¿Por qué?

—Hemos logrado volar las cadenas del oruga de ese puerco.

—¿Hemos?

—Sí. Fuimos Albert, Philip y yo. Ellos tuvieron mala suerte.

—¿Muertos?

—Sí.

Chass se pasó la mano derecha por el mentón.

—Estarás contento, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque se la habías jurado a uno de ellos.

—Se equivoca, señor. Ese tipo los acribilló a balazos. Todavía puede mandar a buscar los cuerpos.

—No colecciono carroña.

Hubo un silencio; después dijo:

—En realidad, lo que me importaba era lo que habéis hecho: inmovilizar el vehículo y dejar que el profesor actúe. Pero ahora quiero otra cosa.

—¿Qué?

—En cuanto el profesor termine su trabajo, irás a su encuentro. Me estorba.

—¿El profesor?

—Sí. Seguro que vendrá con la muchacha, que es lo que te interesa. Yo le recomendé que tuviese cuidado con no hacerle ningún daño, aunque él decía que lo mejor era acabar con los dos al mismo tiempo.

—¡Canalla!

—No te preocupes, porque me obedecerá. Pero, de todos modos, quiero que le hagas desaparecer a él y a todo lo suyo.

—De acuerdo.

—Le di orden de salir a la altura de la parcela dos mil. Le esperarás por los alrededores y te arreglarás, cuando puedas, para enviarlo al infierno.

—Bien.

El interfono sonó.

—¿Qué hay?

—El gobernador, señor.

—Hágale pasar. —Y dirigiéndose a Fred dijo—: Ya lo sabes, muchacho. Éste será tu último trabajo antes de esas vacaciones que pienso concederte.

—¡Más ganas tengo yo que usted!

—Lo supongo. Suerte.

—No hace falta que me la desee…: no sé por qué, pero tengo unas ganas tremendas de acabar con ese profesor. Así no tendrá más ideas de esas que usted acaba de decirme.

—Me parece muy bien. Adiós.

—Hasta la vista.

Salió Fred y casi seguidamente entró el gobernador. La expresión de su rostro reflejaba una inquietud visible.

—Siéntate, Walter.

Lo hizo el otro, tamborileando nerviosamente la mesa de despacho.

—¿Te ocurre algo?

—¡Ese Callowan de todos los demonios!

—¿Qué ha pasado?

—Que no se le ve por parte alguna… ¡Ni que se le hubiese tragado la tierra!

—No te preocupes. Estará haciendo investigaciones.

—¿Y si ha ido a la Línea?

—¿A Dunka?

—Si.

—No lo creo. De todas maneras, si eso sucede, mis patrullas tienen instrucciones para darle toda clase de facilidades.

—¿Y si se interna en la selva?

—No lo hará. Aunque puede hacerlo y ver las instalaciones de las parcelas. No creo que haya nada malo en ello.

—¡Quisiera estar tan tranquilo como tú!

—Porque te dejas llevar por los nervios. Si lo que busca es a su agente, ahora más que sunca podemos estar seguros de que no lo hallará.

—¿Por qué?

—Porque Fred ha logrado un buen golpe al destruir la motriz de las cadenas de su oruga. Están perdidos en la selva y el profesor no tardará en alcanzarlos.

—¡Ojalá sea así!

—Lo será. Nada puede fallar cuando se prepara bien. Ese Callowan se pondrá loco de contento cuando le entregue el cuerpo del profesor y me considerará como el mejor de sus amigos.

—¿Y va a irse sin encontrar a su agente? He oído decir que no perdona nunca la muerte de uno de los suyos.

—¡Y hace bien!

—¿Eh?

—Naturalmente. Callowan no podrá exigir la muerte de un muerto. Porque ya me encargaré yo de hacerle creer que el culpable de la pérdida de su valiente agente ha sido Kimball.

Walter lanzó un suspiro.

—¡Cuánto me gustaría tener tu temple!

—No te preocupes. Conque yo lo tenga, basta. Tú preocúpate de atender a nuestro ilustre huésped de la mejor manera posible.

—Así lo haré.

Se puso en pie, dirigiéndose hacia la puerta.

—No dormiré tranquilo hasta que ese Callowan no esté a bordo de la astronave que le lleve a la Tierra.

—Duerme tranquilo o toma un soporífero…, ¡pero déjame en paz, tengo trabajo!

* * *

Habían recogido lo más imprescindible, provisiones y municiones, haciendo dos paquetes. El más pesado se lo echó Alan a la espalda, dando el otro a Diana.

Durante toda la mañana, testarudo y esperanzado, el agente de la SIP había examinado la cadena del oruga, llegando a la conclusión de que no había nada que hacer.

Le daba pena abandonar un vehículo tan estupendo.

—¿Vamos?

—Sí —dijo ella.

Avanzaron por el camino, siguiendo en dirección a la Línea, de la que estaban separados, por lo menos, por unas treinta millas. Caminaron, en silencio, sin permitirse ningún alto, durante toda la tarde, deteniéndose, al caer el sol, rendidos de cansancio.

—¡No puedo más! —exclamó la joven, dejándose caer en el suelo.

—Descansa, querida. Yo haré la guardia. ¿Comemos algo?

—No tengo ganas de abrir la boca.

—Igual me pasa a mí.

Momentos después, Diana dormía profundamente. Alan la cubrió amorosamente con las mantas y se sentó al lado, encendiendo un cigarrillo, con el rifle entre las rodillas y el fusil explosivo al alcance de la mano.

La noche cayó sobre él.

Luchaba desesperadamente, no sólo contra el sueño sino contra aquella desesperación que iba apoderándose de su espíritu. No podía evitar aquella sensación fatalista que le envolvía. Hasta entonces la posesión del magnífico oruga le había hecho gozar de una seguridad que llegó a considerar casi ilimitada.

También lo habían pensado así sus enemigos. Por eso, aprovechando una estúpida distracción, les había colocado en aquella situación de la que, por mucho que pensase, no lograba encontrar una salida clara.

Porque si lograba llegar a la Línea y marchar hacia el Gran Desierto, ¿qué resistencia iban a poder oponer a las patrullas?

No había que hacerse ilusiones.

Por eso Alan consideraba tristemente que todos sus esfuerzos y

desvelos habían sido inútiles y que ya no podía tener ninguna esperanza de salir con vida de aquella situación horrible.

Estaba perdido.

Y lo peor es que, olvidando sus deberes y lo que un agente de la SIP no puede echar en saco roto jamás, se había enamorado de la muchacha, aumentando las complicaciones y comprometiendo a Diana en algo de lo que debía haberla librado.

—¡He sido un necio! Merecería…

Algo le hizo cesar de monologar en voz alta.

¡¡El ruido!!

Era inconfundible y ahora su significación se agravaba doblemente, ya que no podían huir como en la vez precedente.

—¡¡Diana!!

Se despertó la muchacha, justo en el momento en que la monstruosa cabeza de la araña aparecía entre dos árboles. Los ojos verdes lanzaban una luz verdaderamente sobrecogedora.

—¡Dios mío! —gritó la muchacha.

Alan hizo fuego, pero sabiendo que aquello no significaba nada, se dispuso a huir, fuera como fuese, del monstruoso animal.

—¡Vamos!

Cogió a Diana por la mano y echó a correr.

Capítulo X



OR desgracia, aquella zona selvática era muchísimo menos densa de lo que hubieran deseado. La araña, una vez salida de entre los troncos, corrió a una velocidad portentosa en pos de sus víctimas.

Tan alocados iban que no se dieron cuenta de que dejaban a la derecha el único camino que hubiese permitido que escapasen, por cierto tiempo, al acoso de la bestia. Así, de repente, se encontraron ante un muro impenetrable de troncas y bejucos entrelazados, que les cortaba definitivamente el paso.

Se volvieron, cara a la araña.

Estaban aterrorizados.

Ésta, segura de su triunfo, se había detenido a una docena de metros de las dos criaturas, mirándolos con sus tremendos ojos verdes, que debían sobrepasar el medio metro de diámetro.

Jamás habían visto algo tan espeluznante, tan espantoso.

Alan se colocó delante de la muchacha, protegiéndola con su cuerpo y notando, con desesperación, que había dejado las armas.

No había solución.

Dos de las ocho patas se levantaron, muñones negros y peludos, hacia lo alto, y Alan se dio cuenta de que iban a caer, aplastándolos como dos gusanos.

—¡He sido un imbécil, querida!

Ella no dijo nada, apretando el brazo del joven.

Y fue entonces cuando una silueta salió de detrás del monstruo y una voz se dejó oír:

—¡No tengas miedo, muchacho! ¡Nada te va a pasar!

A Alan le temblaron las piernas, creyendo que el pánico le hacía ver alucinaciones, o que quizás era el efecto de aquella diabólica luz verde.

Porque la silueta que avanzaba ahora hacia él no era otra que… ¡la de Donald Callowan!

El jefe de la Spacial International Police se acercó a ellos, demostrando con su presencia que no se trataba de ninguna alucinación.

—No… compren… do —balbució el agente.

Donald le estrechó la mano.

—¡Serénate, muchacho! Todo ha pasado, aunque era necesario darte una pequeña lección.

—No comprendo.

—Sí, amiguito. Todo agente de la SIP debe saber bien que no se puede confiar demasiado en la suerte. Dejaste que te volaran la cadena motriz del oruga y ahora, cuando más podías necesitarlas, dejas las armas en un momento de pánico.

Diana, que seguía cogida al brazo de Alan, señaló la araña.

—Pero… ¿y ese monstruo? ¿Cree usted que no es capaz de hacer olvidarlo todo?

Donald sonrió.

—Sí, estoy de acuerdo. Y para eso fue creado: para aterrorizar. Pero este joven no es ningún niño y ha pasado por una escuela de la que sólo salen los excepcionales.

Sanders se ruborizó.

—Claro —prosiguió Callowan— que hay cosas que se entienden solas perfectamente. Vengan conmigo, por favor.

Les hizo acercarse al monstruo, por el lado por el que él había aparecido, deteniéndose ante el cuerpo…, donde había una pequeña puerta abierta.

—¿Eh? —Se asombró Alan.

—Pues ¿qué creías?

—Entonces… ¿es una máquina?

—Sí, amigo mío…, una máquina única. Pasen, pasen…

Penetraron en una especie de minúscula cámara de la que emergía una escalerilla que se dirigía hacia arriba. Callowan subió el primero y los otros dos le siguieron.

Arriba, al final de la escalerilla, desembocaron en una amplia sala, llena de mandos y perfectamente iluminada.

Había allí tres hombres, dos de ellos junto a los aparatos y otro tendido en el suelo y atado concienzudamente.

—¿Conocéis a Sanders? —inquirió Callowan—. Es un compañero vuestro.

Se estrecharon la mano y Donald presentó a Alan a los dos agentes de la SIP.

—Éste es Sarton —dijo señalando al más alto— una verdadera cabeza dedicada a la electrónica. Éste otro— y señaló al regordete —es Stuart, un hombre que sólo sabe biología.

»Me los traje a ambos porque los necesitaba: a Stuart para qué me sacase de dudas y a Sarton para que me ayudase a hacerme con lo que suponíamos era la invención de Kimball…

Y señaló al que yacía, atado, en el suelo.

Después, volviéndose, hacia Sarton, dijo:

—Pon en marcha este «asusta-niños». Vamos hacia la parcela dos mil. Tenemos allí una cita interesante.

La impresionante máquina se puso en marcha; al hacerlo se balanceaba suavemente, como un barco sobre una mar rizada. Pero la comodidad, en los sillones que Callowan les ofreció, era completa:

—¿Cómo supo usted…? —inquirió Alan.

—Eso es lo que iba a explicarte, muchacho. Y conste que estoy muy contento con tu trabajo…, con algunas excepciones de las que luego hablaremos.

Y encendiendo un cigarrillo continuó:

—Ya comprenderás que me extrañó muchísimo que no me enviasen informe alguno, aunque Contaba con ello en cierto modo.

—¿Por qué?

—Porque me había hecho un cuadro bastante correcto de lo que debía ser Dunka, un continente en el que un hombre ambicioso y déspota había creado una especie de imperio.

»Lo que tú no sabías es que yo estaba pendiente de todo lo que se decía y publicaba en New London. Así pude enterarme del éxodo de los colonos y de la aparición de la célebre araña monstruosa.

»Nosotros estábamos, desde hacía tiempo, detrás de un asunto en el que Kimball estaba complicado por robo de planos importantes en el Centro de Investigaciones Cibernéticas, Al conocer las noticias de Dunka, fui, en compañía de Stuart, que me sirvió de una especie de intérprete, a ver a un grupo de sabios especialistas en cuestiones marcianas. Todos ellos, sin ninguna excepción, me dijeron que era completamente imposible la existencia de animales en este planeta. Sabían que había una flora desarrollada en Dunka por la acción del subsuelo radiactivo, pero negaban rotundamente que hubiese un solo animal.

»Naturalmente, eso demostraba que la “araña” no podía ser más que obra de Kimball. Y enseguida me apareció el verdadero aspecto de las cosas. Después de obtener la limpieza de las parcelas, Chass deseaba quedarse solo y con la única ayuda de las máquinas desarrollar el plan de extracción que iba a hacerle cíen mil veces millonario.

»Seguro, pues, de que las cosas se pasaban así, vine a Marte oficialmente, dejando que estos dos tuviesen preparado un helicóptero, con muchísimas aparatos para cuando yo termina-ge de sondear a Chass.

—Es lo que hizo usted en el banquete que oímos por radio, ¿verdad?

—Exactamente. Aquella misma noche, después de despedirme de esos dos granujas, salía para Dunka en el helicóptero, dirigiéndonos directamente a la salva. Gracias a un aparatito que Sarton maneja a las mil maravillas, detectamos la «araña» y logramos posarnos cerca de ella.

»La seguimos y cuando el profesor salió a dar un paseo por la selva… caímos encima de él y le hicimos prisionero. Nos explicó que Chass lo habla protegido desde su llegada a Marte y que había estado trabajando, desde hacía mucho tiempo, para montar este bicho con el que esperaba, y lo ha conseguido, expulsar a los colonos.

»Pero Kimball no sabía que Chass pensaba entregarme su cadáver en signo de buena amistad, echando sobre él la culpa de tu muerte.

—¿Cómo ha podido enterarse de eso?

—Por interferencia de emisiones. Ya te he dicho que Sarton es un verdadero mago de las ondas.

Y ha logrado, delante del propio Kimball, escuchar mensajes que Chass dirigía a Fred, quien nos está esperando frente a la parcela dos mil.

—¿Para qué nos espera?

—No nos espera a nosotros. Quiere charlar con Kimball y matarlo,

llevando el cadáver a Chass, después de destruir la «araña».

—¿Para qué?

—Para que no quede huella alguna del truco que montó.

—Es formidable.

—Bastante. Tu jugaste un papel importante, desbaratando sus planes y poniéndolos nerviosos. Pero ya te he dicho que hay algo que te ha estropeado hasta el punto de que pudiste caer en el cepo.

—¡Me defendí una vez contra la araña!

—No lo creas. Cuando disparaste contra nosotros la vez primera…

—¿Cómo? ¿Iban ustedes dentro?

—Sí.

—¿Y cómo no me lo hicieron saber?

—Porque no pudimos. Nos sorprendió encontrarte tanto como a ti el vernos. ¡Pero obraste demasiado rápidamente! Aunque, a decir verdad, me gustó más aquella manera de actuar que la de hace un rato…

Miró a la joven.

—No, señorita, usted no tiene ninguna culpa. Pero tengo comprobado que cuando uno de mis muchachos se enamora se convierte en un trasto inútil.

Alan bajó la cabeza, avergonzado.

—Bueno, no es para tanto! Nunca me opuse a la felicidad de nadie y el contribuir a ella me llena de satisfacción. ¡Alegra esa cara, Alan!

Sanders sonrió.

—Ahora —siguió diciendo Callowan— desatad a Kimball. Tenemos que charlar unos instantes.

Lo hicieron y el sabio se sentó en un sillón, frotándose los doloridos miembros.

—Vamos a ver, Kimball. Ya sabes que no vas a salvarte de la cárcel; pero, de todos modos, y aunque francamente me pesa hacer algo por ti, que no mereces nada, te prometo no mencionar todas las desgracias que causaste con la araña, si me ayudas a cazar a Chass. Ya sabes que no te tienen ninguna simpatía.

—¿Puedo confiar en su palabra?

Donald enrojeció.

—¡Escucha, asquerosa sabandija! Cuando Donald Callowan promete algo lo cumple. Ya te ha dicho, y te repito, que me da asco intervenir a tu favor. Pero, en realidad, Chass es el que me interesa más. Podría cazarle de otro modo, pero sería capaz de defenderse como gato panza

arriba, haciéndome perder un tiempo precioso.

Y como el otro no contestase dijo:

—Tú dirás…

Kimball le miró fijamente; luego asintió.

—¡De acuerdo! Aunque pase unos años encerrado, quiero tener la alegría de que ese cerdo ha ido directamente a los infiernos.

—Bien.

En aquel momento, Sarton se volvió hacia su jefe anunciando:

—Ya hemos llegado a la Línea, señor.

—Perfecto. Kimball: asómate a la ventanilla y di a Fred que suba.

Obedeció el sabio, viendo a «Alligator» que salía, sonriendo e hipócrita, de una de las casas.

—¿Qué hay, profesor?

—¡Todo concluido!

—¿Y la muchacha?

—Está aquí, conmigo.

«Alligator» frunció el entrecejo.

—¿Quiere decir que se asome un momento, profesor?

Kimball se volvió y Diana, a un gesto de Callowan, se acercó a la ventanilla, mostrándose un corto instante.

—¿La ha visto?

—Sí, profesor. ¿Por dónde se entra en este trasto?

—Por la derecha. Voy a abrirte la puerta.

Callowan, Stuart y Alan bajaron, escondiéndose en el departamento inferior. Cuando Kimball, que les seguía, abrió, dejando entrar a Fred, éste cayó en brazos de los de la SIP en el momento que sacaba la pistola para matar al profesor.

Lo ataron y subieron a la cabina.

Sarton, que ya había preparado la radio, hizo un gesto a su jefe.

—Bien. Amordazad a Fred y poned al profesor en comunicación con Chass.

Momentos después la voz de London se dejaba oír a través de los hilos.

—¿Quién llama?

—Soy yo, Kimball.

—¡Hola, profesor! ¿Cómo ha ido eso?

—Todo concluido.

—¿Muertos los dos?

—Sí.

—¡Es usted un tío grande! Vaya ahora hacia la parcela dos mil. Allí le espera Fred Para traerlo a New London. Conviene que destruyan el aparato.

—Lo comprendo, pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Ha habido novedades. Ya estoy en la dos mil y Fred ha intentado matarme.

—¡El muy cerdo! Seguro al ver que la muchacha no estaba con usted.

—Por eso ha debido ser. Pero hay algo más…

—¿De qué se trata?

—Ataqué anteanoche un helicóptero que se había posado cerca de mí. Sospeché algo y no me equivoqué. Dos de sus tripulantes estaban muertos y al otro le malherí.

—¿Eran de los nuestros?

—No. El herido es Callowan.

—¿Eh?

Hubo un silencio impresionante; después la voz de London, repleta de emoción e incredulidad a la vez, preguntó:

—¿Está usted seguro de lo que dice, Kimball?

—Por completo. Conozco a ese pájaro… Además quiero que venga para ver lo que hacemos.

—¡Claro! ¡Claro! Es algo con lo que no contaba… ¡Hay que deshacerse de ese hombre!

—Eso es lo que yo pensaba.

—¡Menudo golpe! Tenemos que hacer las cosas de manera que nadie sepa jamás que Callowan murió allí. ¿Y los otros?

—Eran dos agentes.

—Bien, quemaremos los cadáveres junto al de su jefe.

—¿Qué hago entonces?

—¡Espere ahí! No se mueva ni comunique con nadie. Llegaré dentro de unos minutos.

—¿Vendrá en helicóptero?

—No. Iré en mi reactor particular. Es mucho más rápido.

—Bien, le espero.

—¡No se mueva de ahí, profesor! Y permita que le felicite…: ¡ha hecho usted un buen trabajo!

Se cortó la comunicación y Callowan, acercándose al sabio, dijo:

—Lo ha hecho muy bien. Y no olvidaré lo prometido.

—Gracias.

—¡Alan!

—Diga, señor.

—Coge a Fred y salgamos de aquí… Recogí tus armas y las he dejado ahí. Cógelas.

—Bien.

Abandonaron todos la «araña», refugiándose en una de las casas vecinas.

—¿Por qué no le esperamos dentro? —inquirió Alan.

—Ya lo verás.

Colocados a la ventana, los hombres, menos Sarton, que vigilaba a Kimball, esperaron mirando hacia el norte.

No tardó en oírse el silbido del avión, que había dejado hacía poco su velocidad supersónica y que se acercaba raudamente.

En efecto, poco después, su negra silueta se dibujaba en el cielo, aproximándose a la «araña». Perdió altura, describiendo un círculo perfecto, que demostraba la pericia del piloto.

—Prepárate, Alan.

—Bien, señor.

De repente, en un impresionante picado, el aparato se lanzó sobre la «araña». Un grupo de objetos brillantes salieron de su vientre metálico.

—¡Ahora! —rugió Donald.

Las ráfagas trazaron líneas anaranjadas en el aire, yendo a terminarse en el aparato. Al mismo tiempo, las granadas que éste había lanzado explotaban, con una precisión asombrosa, sobre el monstruo creado por Kimball, haciéndolo saltar en mil pedazos.

Chass, al recibir la ráfaga, hizo lo imposible por estabilizar el aparato.

Pero no pudo.

Una trayectoria de muerte estaba ya dibujada para él y así fue como terminó, estrellándose contra el volcán ardiente de la «araña», como si ésta, antes de morir, devorase su última presa.

El silencio volvió a instalarse.

Callowan exhaló un suspiro; luego dijo:

—He aquí un asunto concluido.

Y mirando a sus agentes, son una sonrisa en los labios, fijó sus ojos

en Sarton.

—¿Me das ese habano que te mandé guardar?

—Sí, señor.

Callowan lo encendió, aspirando con fruición el humo azulado; después, mirando a Alan, preguntó:

—¿No crees que puedes besarla ya, pedazo de zángano? Estamos acostumbrados a estos finales y lo encontraríamos a faltar si no se hiciesen con un beso.

Y Alan complació plenamente a su jefe.

